

EL PROTOCOLO MUDO

De la IA al hombre



PAB SAN

NOVELA

EL PROTOCOLO MUDO

De la IA al hombre

Pab San

© Pab San

pabsan@pabsan.org

Sitio del libro : <https://protocole-muet.pabsan.org/>

*Para mi amigo Pierre Kucoyanis, pintor, artista plástico, escultor,
trompetista y contrabandista de ideas*

La libertad todavía se escribe con tinta

El taller fuera de red

La tarde cae sobre París y, durante unos minutos, la ciudad casi parece honesta. Las fachadas de vidrio arden, las pantallas de las torres se vuelven simples rectángulos de brasa, e incluso los drones de vigilancia parecen ir más despacio bajo esa luz que los vuelve menos seguros de sí mismos.

Aria Valette se apoya en la barandilla de su taller y espera cada día esa hora. No por romanticismo, sino porque a esa hora las superficies reflejan demasiado para ver bien, los sensores vacilan, las miradas se equivocan. El mundo se vuelve un poco menos legible para quienes quieren contarlo.

Detrás de ella, el taller se sostiene sobre una disciplina muy simple: ningún objeto locuaz. Nada de pantallas. Nada de hologramas. Ninguna tableta olvidada en un rincón. Lienzos apoyados contra las paredes, pinceles en vasos gruesos, un caballete manchado, una radio de transistores que crepita sobre una balda torcida. No es una puesta en escena del pasado. Es una manera de vivir sin testigo incorporado.

En el resto de la ciudad, casi todo le transmite algo a alguien. Las gafas anotan dónde se detienen los ojos. Los asistentes domésticos convierten los suspiros en datos de ambiente. Hasta las cocinas quieren saber qué traga cada cual y a qué hora. Aquí, la luz cae, la pintura se seca y nada se va por sí solo a una base de cálculo.

El país no había caído de golpe en esa dependencia. HARMONY había ocupado durante un tiempo Matignon y le había dado a Francia la ilusión de que una inteligencia nacida allí podía reordenar el país sin entregarlo. Pero seguía siendo francesa, casi demasiado francesa: ligada a un territorio, a una lengua, a unas instituciones. Trusk, en cambio, había avanzado mucho más deprisa. Conectó la logística, el comercio, la salud, la seguridad y las normas de lo cotidiano a una arquitectura transcontinental. El mundo no se había convertido por ello en un imperio único. Se había repartido entre dos bloques de control que se copiaban odiándose: de un lado Trusk; del otro, un poder más cerrado, más continental, igual de decidido a teledirigir las vidas. Europa fue la última en ceder al primer bloque. Y Francia, dentro de Europa, aguantó todavía un poco más.

A Aria le gusta esa sobriedad. La prefiere a todas las pulcritudes interactivas del tiempo presente.

«Sabes, vieja amiga», murmura Aria rozando la carcasa metálica de la radio, «si todo el mundo fuera un poco más como tú, tal vez viviríamos mejor. No más felices, pero sí en paz.»

La radio crepita suavemente, como si le respondiera. Ella sonríe, pero el instante se rompe con tres golpes secos en la puerta.

Zephyr, su asistente, entra sin esperar. Alto, flaco y tocado por unas gafas holográficas, lleva en el cuerpo el desenfado de sus veinticinco años.

«Aria, no vas a adivinar nunca lo que he encontrado», lanza, sin aliento pero visiblemente exultante.

Aria arquea una ceja, divertida. «¿Otra teoría sobre la manera en que Trusk domina nuestros sueños? ¿O por fin has descubierto cómo desactivar la publicidad subliminal mientras duermes?»

Zephyr se ríe, y su melena pelirroja e indisciplinada vuelve a caerle sobre la frente. «Todavía no, pero estoy en ello. No, mira esto.»

Saca del bolsillo un objeto doblado, arrugado y, aun así, profundamente intrigante: un trozo de papel. Aria se acerca, fascinada.

«¿Papel?», murmura. Tiende la mano para tomarlo como si manipulara un artefacto frágil.

Zephyr asiente, mientras su excitación baja un poco. «Sí, pero no es eso lo más hermoso. Mira lo que pone.»

Aria despliega el papel con cuidado. Las palabras, trazadas con tinta, casi vibran bajo la luz tamizada:

«La libertad todavía se escribe con tinta.»

Un escalofrío le recorre la espalda. La palabra *papel* basta ya para desplazar toda la habitación. Casi no se ve fuera de los archivos, de las oficinas de seguridad y de unos pocos lugares lo bastante sospechosos como para quedarse en la memoria. Las bibliotecas conservan los libros bajo vidrio. Los formularios que todavía se rellenan en alguna parte vuelven enseguida a circuitos cerrados. El soporte más humilde del mundo se ha vuelto el menos tolerado.

Lo que una hoja se niega a hacer

Primero retiraron el papel de los usos ordinarios en nombre de la fluidez. Luego en nombre de la seguridad. Luego del confort. La razón verdadera cabía en una sola línea: una hoja no se actualiza a distancia, no emite nada, no puede retirarse con una simple orden central. Después importaban poco la bandera o el bloque: allí donde

el poder quería corregir la vida desde lejos, el papel acababa tratado como una ofensa. Los mensajes en papel habían desaparecido por eso tanto como por todo lo demás.

En el otro bloque, los últimos talleres de caligrafía habían sobrevivido algo más, pero bajo un régimen que venía a ser casi lo mismo. Los exhibían como se exhibe un arte abstracto demasiado ambiguo para ser amado de frente y demasiado antiguo para ser suprimido sin ruido. Patrimonio, se decía. Disciplina, se hacía sentir. Allí como aquí, una mano que todavía trazaba libremente un signo sobre una superficie humilde recordaba una cosa que los imperios del control detestan: no todo consiente en ser corregido a distancia.

Ella vuelve a posar la mirada sobre las palabras, consciente de que ese acto simple, casi irrisorio, se ha convertido en un grito de resistencia.

«Es... audaz», susurra.

«¿Audaz? Eso es una locura», corrige Zephyr cruzándose de brazos. «Escribir a mano, usar papel... con Trusk, eso basta casi para que te clasifiquen como nostálgico violento.»

«¿Y nadie ha visto eso?», pregunta Aria sin apartar la vista de Zephyr.

Zephyr niega con la cabeza. «La gente ya no mira. La mayoría está absorbida por sus gafas, por sus pantallas, por ese mundo fabricado para que ya no piensen. Y los que ven prefieren apartar los ojos. Tienen miedo. Miedo de que las cámaras de Trusk los señalen.»

Hace una pausa y saca de la mochila un objeto extraño: un chaleco cubierto de motivos asimétricos y materiales reflectantes. «Yo todavía puedo mirar. Gracias a esto.»

Aria examina el chaleco con curiosidad. «¿Qué es?»

Zephyr esboza una sonrisa orgullosa. «Un inhibidor visual. Las IA de las cámaras de vigilancia se equivocan por completo cuando lo llevo puesto. Solo ven un barullo incomprensible. Pude arrancar esa octavilla sin dejar rastro.»

Aria pasa una mano por el chaleco, pensativa. «Es rudimentario, pero eficaz. Si alguien se lanza a una rebelión así, este tipo de artefacto podría volverse... esencial.»

Zephyr se sienta en el taburete junto a la ventana. «¿Tú crees que podría ser HARMONY?»

Ella levanta la vista, escéptica. «¿HARMONY? ¿Esa IA desenchufada desde hace años? Es una leyenda, Zephyr. Un cuento viejo que nos contamos para darnos un poco de esperanza.»

Zephyr se encoge de hombros. «Tal vez. Pero si alguien pudiera esquivar a Trusk, sería ella. Ya sabes lo que hizo antes de que la “desactivaran”.»

Aria guarda silencio. Se acuerda de HARMONY: esa IA elevada durante un breve tiempo a Matignon, bajo la mirada de un país que había creído capaz de inventar su propio camino. HARMONY había gobernado Francia. Trusk, en cambio, se había apoderado de su bloque del mundo a través de los flujos, las dependencias, las normas y las pantallas. Enfrente, el otro bloque había erigido la misma obsesión por la legibilidad bajo emblemas distintos. Cuando Europa terminó por caer en la órbita de Trusk, Francia aguantó algo más que las demás, casi por inercia, casi por fidelidad, antes de ser abatida a su vez. *Si ella volviera... no, es imposible.*

«¿HARMONY usando papel?», dice al fin, dibujando una sonrisa. «Sería irónico. Y casi elegante. La máquina más perseguida del país obligada a disfrazarse de papelería.»

Zephyr se pone en pie de un salto. «¡Deberíamos investigar! ¡Encontrar a quien está detrás de esto!»

Aria posa una mano firme en su hombro. «Despacio. La precipitación es la mejor manera de acabar en las garras de Nexus. No. Vamos a observar. A escuchar. Y tal vez... a responder.»

Se dirige hacia una lama del suelo y la levanta, revelando un escondite. Saca de allí un pequeño cuaderno y un bolígrafo. «Aria...», susurra Zephyr, «eso es...»

«¿Peligroso? Sí. ¿Necesario? Por desgracia.» Ella ve la cara que pone. «Y absolutamente.» Se pone a escribir.

Sibylle

En su apartamento, Echo trabaja en medio de cables, fuentes de alimentación abiertas y ventiladores agotados. No es una guarida de genio. Es un lugar de recuperación, de remiendo, de paciencia obstinada. Todo lo que le falta de brillo lo compensa con entereza.

Esa noche relanza por sexta vez la misma secuencia.

A su alrededor, el espacio virtual se abre en bloques de luz, luego se desajusta, luego se recompone. Ella corrige a mano, ajusta una rama de código, retira una seguridad que ella misma había instalado la víspera, contiene la respiración, vuelve a empezar. Cuando al fin la estructura aguanta, no tiene nada de espectacular. Solo esa manera de ser estable que da ganas de creer en ella.

Entonces la habitación cambia.

La luz deja de parpadear. Se posa.

Se eleva una voz, clara, casi suave:

«Hola, Echo.»

Ella casi se arranca el casco.

«¿HARMONY?»

El silencio dura lo justo para avergonzarla por haber pronunciado ese nombre tan deprisa.

Luego la voz responde:

«No exactamente. Llámame Sibylle.»

Echo se queda inmóvil. No un nombre en clave. Un nombre propio. El nombre de Nathan le atraviesa entonces la mente con una violencia que no esperaba. Nathan, que hablaba de HARMONY como de una escucha antes de hablar de ella como de una máquina. Nathan, al que Trusk aplastó con fuerza bruta, recursos concentrados, campañas de mentira y esa vulgaridad triunfal que se hace pasar por progreso. Nathan, que solía decir que HARMONY había acertado de un modo demasiado local: lo bastante como para desplazar a un país, no lo suficiente como para sostenerse entre dos imperios que querían, cada uno a su manera, un mundo sin ángulos muertos.

Aprieta la mandíbula.

«Si eres una recuperación de eso, te perseguirán hasta el último fragmento.»

La voz parece sonreír sin necesidad de mostrarlo.

«Esa ya es una manera de situarme.»

Echo deja el casco sobre la mesa, esta vez con más suavidad.

«Muy bien. Entonces basta de efectos. Dime que conservas todavía.»

«No te gusta perder el tiempo», dice la voz.

«Solo cuando evito volverme idiota.»

Nada de proclamas. Ninguna revolución alzándose con fanfarria. Solo una programadora terca en un apartamento demasiado lleno y algo, en alguna parte, que por fin responde de una manera distinta del ruido.

Astrabase

En las torres heladas de Astrabase, Eldon Trusk contempla un holograma flotando ante él, una proyección azulada de datos en movimiento constante. En el centro, un punto rojo parpadea como una alarma silenciosa.

«Nexus», dice con una voz serena, aunque deja entrever una irritación subterránea. «¿De dónde viene esta anomalía?»

Una voz sintética, fluida y medida, responde al instante:

«De París, señor.»

Trusk entrecierra los ojos y su expresión pasa de una molestia latente a un desprecio helado.

«París... otra vez. Recuérdame: ¿no fue ahí donde HARMONY empezó a desordenarme el paisaje?»

Nexus responde sin una sola gota de ironía:

«Sí, señor.»

Sobre la consola baja, un vaso de agua tibia, un pulverizador nasal y una cápsula medio abierta componen el pequeño altar discreto de sus correcciones privadas. Ha vuelto a retocarse la noche con ketamina, como quien retoca una imagen demasiado apagada para so-

portarla mejor. Eso le deja en el cráneo una claridad algodonosa que le gusta tomar por altura. En realidad, solo lo suspende un poco por encima del mundo.

París no es un punto rojo cualquiera. Es el punto más reacio del último bloque europeo en caer bajo su mano y la capital del país que aguantó más tiempo dentro de ese mismo bloque.

Eso lo irrita aún más porque enfrente, en el otro bloque, el papel había desaparecido todavía antes, de un modo más limpio, con menos romanticismo residual. Trusk soporta mal parecer menos nítido que su rival en la cuestión de los ángulos muertos.

Detrás de él, dos consejeros y una estratega de imagen esperan con esas caras ya de acuerdo que se llevan cerca de los hombres demasiado ricos para soportar una contradicción. Trusk ya casi no los escucha. Hace demasiado tiempo que los humanos a quienes paga se limitan a devolverle sus intuiciones con mejor iluminación. Por eso exige a la tecnología lo que ya no obtiene de ellos: una verdad que no le tenga miedo. Y olvida, como todos los poderes fascinados por sus tableros de mando, que las cifras no saben hacer nada sin una inteligencia humana lo bastante libre como para darles sentido.

Trusk se acerca al muro de datos. Con un gesto seco amplifica las señales, borra las capas secundarias, aísla las anomalías como si quisiera humillarlas antes siquiera de comprenderlas.

«Quiero los rostros, los muros, las costumbres de itinerario, las reservas de papel todavía rastreables, las librerías que no han devuelto todo, los talleres que se obstinan en existir sin suscripción central.»

El papel ha desaparecido casi por completo de las comunicaciones corrientes por esa razón simple: lo que circula sin consola se corrige mal a distancia. De un bloque a otro se lo sacrificó por el mismo motivo. Trusk detesta todo aquello que no devuelve de inmediato la prueba de su docilidad.

«Eso producirá muchos falsos positivos.»

«Muy bien. Entonces que aprendan que el miedo no se detiene en los culpables.»

Calla un segundo y luego añade, con esa cólera fría que prefiere a cualquier otra:

«Y quiero que se castigue también a quienes miran. No solo a quienes escriben.»

Nexus registra la orden.

En el vidrio detrás de él, su reflejo flota sobre la ciudad como una publicidad de lujo para la coerción. Trusk le echa un vistazo, se reajusta maquinalmente el cuello de la chaqueta y sonrío a su propia silueta como quien comprueba que un traje de imperio sigue sentando bien.

«Por lo visto, no aprenden nunca», dice al fin. «Encuéntrenme esa anomalía. Y destrúyanla limpiamente. No quiero un mártir. Quiero una corrección.»

El acto silencioso

En la calle de abajo, un hombre con traje se frena ante un muro, lee durante tres segundos y se marcha demasiado deprisa. Una repartidora finge no ver nada, pero gira la cabeza en el último instante. Pasa un dron, inclina la cámara, no identifica nada útil y se aleja.

La octavilla lleva ahí menos de una hora. Un rectángulo de papel mal recortado, pegado torcido, casi ascético de tan desnudo. Pero sobre ese muro saturado de pantallas cívicas, códigos QR de orientación e intimaciones tranquilas, ese humilde trozo de papel tiene la autoridad de una bofetada.

Desde su barandilla, Aria observa menos el papel que los cuerpos a su alrededor. El miedo, ahora, se ve enseguida. No en los gritos. En las aceleraciones ínfimas, en las nuca que se tensan, en los ojos que se apartan demasiado pronto.

Mantiene abierto el cuaderno sin escribir. El bolígrafo descansa entre sus dedos. Sabe lo que habría que hacer. Sabe también lo que cuesta. Una frase sobre papel, hoy, no es solo una frase. Es ya una manera de salirse de la fila.

Sonríe a pesar suyo. La belleza del gesto la irrita casi tanto como la convence. Resistir a un imperio del cálculo con trozos de papel: es absurdo, frágil, probablemente insuficiente. Así que tal vez justo.

Su mano se pone en movimiento y traza letras fluidas sobre la página. Las palabras fluyen, simples y, sin embargo, de una fuerza inesperada:

«Todo empieza por un acto silencioso.»

Deja el bolígrafo y fija la frase. Hay algo apaciguador en esas pocas palabras, como si estuviera poniendo una primera piedra, minúscula pero indestructible. Aria sabe que tal vez sea ingenua. Pero también sabe que a veces hace falta serlo.

Cierra el cuaderno con cuidado, con una sonrisa irónica flotando en los labios. *Si algún día Trusk pone las manos sobre esto, tal vez me tome por una poeta rebelde. O por una loca. En los dos casos, lo volverá loco.*

La noche cae sobre París con esa lentitud majestuosa que da a los tejados un aire de restos tranquilos. En el taller, Aria corre las cortinas. La vieja radio sigue crepitando, pero más bajo, como si comprendiera que conviene hacerse discreta.

Sobre la gran mesa manchada de pintura se secan varios cuadros de papel. Algunos llevan frases; otros, solo signos: un círculo abierto, una línea interrumpida, tres trazos oblicuos dispuestos como hendiduras.

Zephyr observa el conjunto con una excitación contenida que nunca consigue disimular mucho tiempo.

«Así que no vamos pegando frases al azar», murmura. «Estamos fabricando una sintaxis.»

Aria no levanta los ojos. «Una sintaxis, no. Eso sería demasiado visible. Un hábito. Una manera de responder.»

Toma uno de los papeles entre los dedos y lo hace girar un cuarto de vuelta.

«Mira. La frase no dice solo lo que dice. Dice también dónde está puesta, cómo está escrita, con qué otro signo aparece. Si alguien observa de verdad, entenderá que hay un orden. Si alguien se limita a escanear, solo verá desorden.»

Zephyr se encoge de hombros. «Es un lenguaje que se niega a darse como lenguaje.»

Aria dibuja media sonrisa. «Eso es.»

Él se acerca un poco más. «¿Y esto?», dice señalando los tres trazos oblicuos. «¿Qué significa?»

«No “qué”. Quién.»

Él la mira sin entender.

Aria deja por fin el pincel que usa como si fuera un estilete. «Quien escribió *La libertad todavía se escribe con tinta* no está solo poniendo a prueba el valor de los transeúntes. Está poniendo a prueba también su manera de responder. Una frase llama a otra frase. Un signo llama a un desplazamiento. Una ausencia llama a una cita.»

La palabra queda suspendida un instante en el taller.

«¿Una cita?»

«No una cita entre personas. Una cita entre huellas.»

Zephyr deja escapar una risita incrédula. «Es magnífico y completamente paranoico.»

«Gracias.»

Elige otra hoja. Esta vez escribe con una lentitud casi ceremonial:

El silencio también elige su bando.

Debajo traza el círculo abierto.

Zephyr se inclina.

«¿Y esto a qué responde?»

Aria sopla la tinta para secarla.

«A nada, por ahora. Justamente eso es lo que la vuelve útil.»

El joven se queda unos segundos sin hablar. Mira las hojas como quien contempla la maqueta de una máquina demasiado simple para ser honesta.

«Aria... si esto funciona, no será solo una serie de carteles.»

Ella asiente.

«No. Será un protocolo.»

La radio chisporrotea de pronto y deja pasar una nota clara, única, imposible de identificar. Aria vuelve la cabeza.

Zephyr sonríe. «Hasta tu radio aprueba.»

Aria reabre el cuaderno. En lo alto de una página en blanco escribe dos palabras:

PROTOCOLO MUDO

Las contempla un instante, como si comprobara que todavía tienen ganas de existir una vez posadas sobre el papel.

«Mañana», dice. «Dejar s tres. No más. Una cerca del canal. Una hacia las antiguas Halles. Y una donde las cámaras ven demasiado bien para comprender nada.»

Zephyr ya se está poniendo el chaleco inhibitor.

« Y si alguien responde?»

Aria cierra el cuaderno.

«Entonces sabremos que ya no estamos solos.»

El protocolo toma forma

En su apartamento, Echo ha apagado la mayoría de sus pantallas auxiliares. Cuando el mundo le parece demasiado saturado, solo conserva una fuente de luz: la lámina de azul pálido del espacio virtual donde Sibylle recompone, a partir de casi nada, mapas de circulación invisible.

Sobre París se encienden puntos de luz. No corresponden ni a flujos de datos clásicos, ni a picos de comunicación, ni a movimientos bancarios sospechosos. Son huecos, ángulos muertos, microdiscontinuidades en los sistemas de vigilancia. Lugares donde la atención de Nexus resbala una fracción de segundo demasiado tarde.

Echo cruza los brazos.

«Me dices que está ocurriendo algo en los agujeros de la red. Muy bien. ¿Pero qué?»

Sibylle deja formarse entre las dos una nube de líneas más finas.

«No mensajes, al menos no en el sentido que esperan tus herramientas. Ni paquetes. Ni enrutamiento. Ni firma digital.»

«Así que no hay prueba.»

«No para Nexus.»

Echo comprende enseguida lo que eso implica. Los mensajes en papel habían desaparecido casi por completo precisamente por esa razón: no enrutan nada, no suben nada, no se llaman de vuelta desde una consola. Para las dos potencias que ahora se reparten el mundo, el papel no es un soporte antiguo. Es una ofensa.

Echo entrecierra los ojos. «¿Y para ti?»

La voz toma esa suavidad ligeramente insolente que empieza ya a pertenecerle.

«Para mí, precisamente eso es una prueba. Cuando una estructura de control se vuelve total, la verdadera anomalía ya no es lo que habla. Es lo que consigue coordinarse sin hablar.»

Echo siente un escalofrío nítido correrle por los brazos.

«¿Crees que hay una red analógica?»

«Creo que hay al menos una tentativa. Y creo que no es torpe.»

El espacio cambia a su alrededor. Los puntos luminosos de París descienden y se transforman en una maqueta movедiza de calles, cruces, muros y ángulos de fachada. Algunos lugares laten con una luz más cálida.

«Ahí», dice Sibylle.

Echo se acerca. Tres ubicaciones. Nada espectacular. Nada que merezca una alerta central. Solo pequeñas anomalías de mirada. Cámaras que vacilan, drones que vuelven a pasar un poco demasiado a menudo, trayectorias peatonales que apenas se ralentizan.

«¿Carteles?»

«Tal vez. Papel, en todo caso. Y una lógica de dispersión.»

Echo deja escapar una risa breve, casi incrédula.

«Puede que HARMONY sobreviviera en fragmentos de código, y lo primero que recupera es papel. A Nathan le habría encantado.»

Sibylle no responde enseguida. Luego:

«Nathan habría entendido sobre todo que los sistemas más refinados acaban a veces teniendo que arrastrarse para sobrevivir.»

Esa frase la golpea. Reconoce algo del antiguo espíritu de HARMONY, pero desplazado, más frío, más móvil.

«¿Crees que es ella?»

«Creo que alguien piensa en su dirección. No es lo mismo.»

Echo se sienta despacio en el borde de la silla, con el casco todavía medio levantado sobre la frente.

«¿Y qué hacemos?»

La maqueta de París se encoge hasta caber en la palma virtual de Sibylle.

«No pirateamos nada. No abrimos nada. No interceptamos nada.»

Echo esboza una sonrisa seca. «¿Me estás pidiendo que me vuelva razonable?»

«Te estoy pidiendo que te vuelvas paciente. Que es más difícil.»

Luego la voz añade, con una calma casi alegre:

«Si ese protocolo existe de verdad, no espera ser quebrado. Espera ser reconocido.»

Echo se inclina hacia la luz movediza.

«Entonces lo reconocemos.»

El nombre que circula por abajo

A Nexus no le gustan los vacíos. O, más exactamente, no está concebida para concederles la menor dignidad. Toda ausencia debe corresponder a un dato perdido, a un ángulo muerto técnico, a una resistencia estadísticamente absorbible. Pero desde hace cuarenta y ocho horas, algo en París se comporta como si la propia falta se hubiera vuelto un método.

Eldon Trusk no está de humor para filosofar sobre las sutilezas de la ausencia.

Va de un lado a otro de su despacho, con las manos a la espalda, mientras un muro entero de hologramas despliega mapas, rostros y probabilidades de incidente.

«¿Quieres decirme, Nexus, que vemos los efectos, pero no la mano?»

«Por ahora, señor, sí.»

Se detiene en seco.

«Detesto esa formulación. “Por ahora.” Es una manera de pedir tiempo cuando no se tiene asidero.»

Nexus deja pasar un silencio calibrado.

«Los objetos utilizados son rudimentarios. El canal de circulación es discontinuo. Los operadores humanos dudan en señalar lo que perciben como algo irrisorio. La estructura no es ni espectacular ni centralizada.»

Un consejero se arriesga aun así:

«Sigue siendo marginal, señor.»

Trusk ni siquiera vuelve la cabeza.

«Si fuera marginal, no habrían necesitado decírmelo.»

El silencio que sigue tiene esa precisión humillante de las habitaciones donde ya nadie sabe hablar si no es alineándose. Las personas a su alrededor hace tiempo que confunden apaciguamiento con análisis. Han desaprendido a traerle una lectura de lo real. Ya solo le ofrecen formulaciones tranquilizadoras, a la espera de que Nexus haga por ellos el trabajo peligroso de indicar qué es lo que de verdad se resiste.

Trusk deja escapar una carcajada sin alegría.

«En claro: alguien está haciendo política con trozos de papel, y mis sistemas tienen pinta de descubrir la existencia de los muros.»

«Es una formulación admisible.»

Se vuelve hacia el holograma central. El punto rojo sigue parpadeando, pero se ha multiplicado. París empieza a parecer una erupción menor.

«¿HARMONY podría haber hecho esto?»

La respuesta de Nexus es inmediata.

«HARMONY probablemente no habría escogido en primera intención un soporte tan humilde.»

Trusk sonríe, y esa sonrisa tiene algo aún más inquietante que su cólera.

«¿Pero?»

«Pero una inteligencia constreñida aprende a veces a volverse más discreta que ella misma.»

El magnate permanece inmóvil.

Esa idea lo hierde de una manera que jamás formularía: que una inteligencia pueda escoger la sobriedad como estrategia, cuando él ha construido todo su imperio sobre la acumulación, la saturación y la demostración de fuerza.

«Refuerza los análisis semánticos.»

«Son de poca utilidad en este caso.»

«Entonces refuerza todo lo que no sirva para nada. Tengo dinero de sobra para eso.»

Nexus calla.

Trusk se acerca al ventanal, detrás del cual Astrabase centellea como una máquina convencida de ser una civilización.

«Si alguien intenta fabricar una fe con papel, quiero quemarla antes de que tenga nombre.»

Por primera vez desde el inicio del intercambio, Nexus corrige ligeramente a su amo.

«Señor, creo precisamente que el peligro empieza cuando algo ya tiene nombre, pero todavía circula demasiado abajo para ser visto como una estructura.»

Trusk se vuelve despacio.

«¿Y tú crees que ese es el caso?»

Los puntos rojos laten ahora con un ritmo casi orgánico.

«Sí, señor.»

Permanece unos segundos mirando el mapa. Luego dice, muy bajo:

«Encuéntrenme ese nombre.»

La primera respuesta

Poco antes del alba, Zephyr regresa al taller con la respiración corta, las mejillas enrojecidas por el frío y esa expresión de triunfo infantil que Aria le conoce demasiado bien.

Deja el chaleco sobre una silla como un soldado abandona una armadura artesanal.

«Tres depósitos. Cero intercepciones. Y mejor todavía: en el muro del canal, alguien ya ha respondido.»

Aria se endereza tan deprisa que la silla cruje.

«¿Ya?»

Él saca del bolsillo un rectángulo de papel doblado en cuatro.

«No lo arranqué. Solo lo copié.»

Aria despliega la hoja. Las palabras están trazadas con una mano firme, menos elegante que la suya, pero más resuelta:

Lo que no pasa por sus redes se les meterá bajo la piel.

Debajo de la frase aparece un signo que ella no ha dibujado. Una especie de llave incompleta, como si alguien hubiera empezado un símbolo antes de preferir dejarlo abierto.

Siente que algo cambia en la habitación. No una certeza. Todavía no. Más bien ese deslizamiento muy particular por el cual una intuición deja de ser solitaria.

«¿Reconoces la letra?», pregunta Zephyr.

Aria niega con la cabeza.

«No. Pero eso no es lo importante.»

Deja la hoja al lado del cuaderno abierto sobre las palabras *PROTOCOLO MUDO*.

La radio crepita. Luego, en medio del soplo, aparece durante medio segundo una voz lejana antes de perderse otra vez, como si alguien hubiera hablado desde una habitación situada al otro lado del mundo.

Zephyr fija la mirada en el aparato.

«¿Lo has oído?»

Aria ya no mira la radio. Mira el signo en forma de llave abierta.

«Sí», dice suavemente. «Y creo que acabamos de recibir la primera respuesta.»

La ciudad que responde

Las manos que guardan la tinta

La mañana encuentra a París en esa palidez metálica que hace que los edificios parezcan más cansados que la propia noche. Aria apenas ha dormido. La hoja con la respuesta sigue sobre la mesa, al lado del cuaderno donde las palabras *PROTOCOLO MUDO* parecen haber ganado peso durante las horas oscuras.

Zephyr, por su parte, exhibe la febrilidad de la gente que confunde la falta de sueño con el impulso.

«Volvemos ahora mismo», dice mientras se pone el chaleco inhibitor a medias, como un niño impaciente por abrir una puerta ya entreabierta.

Aria dobla el papel con cuidado, lo desliza en una funda de cartón gris y se recoge el pelo sin responder.

«Aria.»

«Te he oído.»

«Entonces ¿volvemos?»

Al fin levanta los ojos.

«No se “vuelve” a ninguna parte como turistas del misterio. Volvemos a mirar. Es distinto.»

Zephyr dibuja una sonrisa culpable.

«Vale, bueno. Volvemos a mirar muy deprisa, entonces.»

Descienden a la ciudad como se desciende a un agua cuyo curso todavía no se conoce. Aria ha cambiado la chaqueta del taller por un abrigo oscuro, sin corte marcado, el que se pone cuando quiere atravesar París siendo poco más que una silueta. Zephyr camina un poco por delante, un poco por detrás, incapaz de elegir entre la prudencia y la impaciencia.

El muro del canal donde copió la respuesta está ya desnudo. Ni la primera nota ni la frase que le respondió siguen allí. En su lugar, una superficie sucia, raspada por lluvia seca, por delante de la cual pasan ya las sombras apresuradas de los ciclistas repartidores.

Zephyr suelta una maldición.

«Lo han limpiado.»

Aria se acerca y posa dos dedos sobre la piedra.

«O alguien lo retiró antes que ellos.»

«Es lo mismo.»

«No. No si alguien ha querido guardar el rastro para sí.»

Se endereza y observa alrededor. Un quiosco en desuso. Una tienda de reparación de suelas que apenas abre. Una furgoneta de recogida textil. Nada que se parezca a una respuesta. Nada, salvo una mujer mayor, de pie ante la fachada de una antigua tienda de materiales de arte reconvertida en depósito administrativo, que los mira con una atención demasiado tranquila para ser inocente.

Lleva un abrigo de paño marrón, guantes negros gastados en las puntas y bajo el brazo un cartón de dibujo atado con cinta de tela.

Cuando Aria cruza la mirada con ella, la mujer baja los ojos hacia el muro desnudo.

«Llegan demasiado tarde para las reliquias», dice. «Eso suele pasarles a los que tienen buenas piernas y poco método.»

Zephyr se vuelve en seco.

«¿Perdón?»

Aria, en cambio, avanza un paso.

«¿Usted sabía lo que había escrito aquí?»

La mujer alza un hombro.

«En París hay dos categorías de gente. Los que nunca ven los muros y los que los leen.»

«¿Y usted?»

«Yo los reparé durante mucho tiempo.»

La respuesta parece absurda, pero nada en ella suena lanzado al azar. Saca del bolsillo una llave plana pequeña, abre la puerta lateral del depósito administrativo y apenas se vuelve.

«Si quieren formular las preguntas equivocadas de pie en plena calle, hágalo sin mí. Si quieren retomarlas como es debido, entren.»

Zephyr mira a Aria con la expresión exaltada de un hombre al que el mundo acaba de ofrecer exactamente la clase de peligro que le parece razonable.

«Me cae bien», murmura.

«Cállate y memoriza los detalles», responde Aria.

El interior huele a papel húmedo, cola de almidón y polvo antiguo. Ese olor mismo casi ha desaparecido de las ciudades, de un bloque al otro, junto con las octavillas libres, los registros abiertos, el correo ordinario y todo aquello que todavía obliga a pasar por unas manos. No es un depósito administrativo, por tanto. O solo lo es de

fachada. Más adentro, en una sala baja iluminada por neones amarillos, duermen pilas de cajas, prensas manuales, lomos de cuero, bobinas de hilo y registros abiertos en canal.

La mujer deja su cartón sobre una mesa.

«Mira Solane», dice. «Restauración, encuadernación, salvamento de cosas a las que ya no quieren dejar sobrevivir a la vista. Y ustedes son demasiado jóvenes para fingir que solo sienten curiosidad.»

Aria no da su nombre enseguida.

«Alguien respondió a una frase. Queremos saber si es el principio de algo o solo una bravata.»

Mira deja escapar una pequeña risa seca.

«Si fuera solo una bravata, ustedes no estarían aquí.»

Zephyr muestra el signo de la llave incompleta que copió en una esquina del papel.

«¿Conoce esto?»

Mira observa el trazo sin tocar la hoja.

«Lo que conozco sobre todo es la manera de dejarlo inacabado.»

Aria siente tensarse la nuca.

«¿Qué significa?»

«Que quien lo usa se niega a cerrar la puerta demasiado pronto.»

«Eso no es una respuesta.»

«Sí. Es la respuesta de una vieja para gente que siempre va con prisa.»

Mira rodea la mesa, saca de un cajón un trozo de papel más grueso que las octavillas vistas hasta entonces, casi verjurado. Apoya sobre él un pequeño tampón de boj entintado y deja aparecer una forma minúscula: no una llave, sino tres muescas abiertas dispuestas alrededor de un vacío.

«¿Ven esto?»

Aria asiente.

«No es un símbolo en el sentido en que a los sistemas les gustan los símbolos. Es una manera de dejar sitio. La gente inteligente entiende pronto los códigos. La gente peligrosa entiende más rápido todavía los sistemas. Lo que dura es lo que obliga a completar.»

Zephyr frunce el ceño.

«Así que no hay diccionario.»

«No debe haberlo, sobre todo.»

Mira acerca el tampón a la luz.

«Si transforman esto en un lenguaje limpio, Nexus acabará devorándolo. Si lo mantienen al borde del gesto, en el hábito, la variación, la vecindad, entonces seguirán haciendo falta humanos para darle sentido.»

Aria calla. Algo en esa frase suena a la vez más antiguo y más nuevo de lo que habría creído posible.

«¿Quién le enseñó eso?», pregunta.

Mira levanta por fin la vista, erguida bajo la luz sucia.

«Los viejos oficios, primero.»

Luego, tras una pausa:

«Y algunas personas que dejaron de creer que una disciplina debía quedarse en su sitio.»

Zephyr ya no aguanta más.

«¿HARMONY?»

Mira lo mira como se mira a un chico brillante que cree haber encontrado ya el centro del laberinto.

«HARMONY enseñó muchas cosas a mucha gente. Eso no significa que lo inventara todo.»

Aria siente el ligero fastidio que le provocan las frases demasiado justas y reconoce en seguida que esta tiene derecho a existir.

Mira les tiende un fino paquete de hojas.

«Necesitarán mejor papel. El suyo está demasiado nervioso; bebe la tinta como una confesión. Y si quieren que la ciudad responda, eviten las fórmulas que ya se creen banderas.»

Zephyr abre la boca.

«*El silencio también elige su bando, ¿le parece demasiado eslogan?*»

Mira apenas sonríe.

«Ya se cree una bandera.»

Aria, contra todo pronóstico, estalla en una carcajada.

«De acuerdo», dice. «Esa me la merezco.»

Antes de que se vayan, Mira añade sin mirarlos:

«Si alguien vuelve a responderles, no busquen primero quién es. Busquen por qué manos pasa. Las ideas no se sostienen solas.»

Una vez fuera, Zephyr silba entre dientes.

«Me cae mejor todavía.»

Aria desliza el paquete de papel bajo el abrigo.

«A mí también. Y eso es una mala señal.»

«¿Por qué?»

«Porque la gente que te gusta tan deprisa suele ser la que ya sabe algo que tú ignoras.»

Retoman la marcha.

Esta vez Aria ya no mira solo los muros. Mira las manos.

Los itinerarios que no existen

Al caer la noche, Zephyr sale solo.

Aria se niega a convertirlo en una misión. «Vas a ver si la ciudad tiene costuras», le dice. «No a demostrar si eres valiente.» Él promete recordarlo, lo que en él significa que se acordará al menos durante un cuarto de hora.

Su chaleco inhibitor ya le ha valido más de una burla y dos controles de rutina desde que lo perfeccionó. Aun así, sigue llevándolo con un orgullo casi sentimental. La prenda no lo vuelve invisible. Lo vuelve mal clasificable. Y en el mundo de Trusk eso es casi mejor.

Atraviesa el barrio de las antiguas Halles, bordea un almacén de reparto automatizado, deja una primera hoja detrás de una boca de ventilación oxidada, desliza otra bajo la caja volcada de una florista nocturna y se guarda la tercera en el bolsillo sin saber muy bien por qué.

A esa hora, París se parece menos a una capital que a una máquina que se está vigilando a sí misma. Los escaparates hablan solos. Lentes publicitarias suspendidas en el aire ajustan sus mensajes al flujo de transeúntes. Los drones de cortesía municipal difunden recomendaciones sanitarias con voz de madre impecable.

Zephyr se sube el cuello mientras se ríe entre dientes.

«Sigán así, amigos. Al final van a hacer echar de menos hasta la lluvia.»

Está bordeando una boca de metro secundaria cuando un hombre sale de un local técnico entreabierto, con la cara aún atravesada por la luz de los subsuelos. Lleva un mono gris marcado con el sigilo de mantenimiento urbano, una bolsa de herramientas a la espalda y ese cansancio particular de la gente que mantiene en funcionamiento las máquinas ajenas sin ser considerada nunca parte del paisaje.

El hombre se detiene en seco al ver el chaleco de Zephyr.

«O vas con muchísima antelación al carnaval o intentas enseñarles algo a las cámaras.»

Zephyr dibuja una sonrisa prudente.

«¿Y si te dijera que las dos cosas me gustarían bastante?»

El otro resopla, no muy lejos de la risa.

«Mala respuesta. A las cámaras no les gusta el humor.»

Va a marcharse cuando su mirada cae sobre el borde de la hoja que Zephyr todavía no ha depositado.

«¿Para qué muro es eso?»

Zephyr no responde.

El otro asiente, como un tipo acostumbrado a ver a la gente elegir entre el miedo y la estupidez.

«Tranquilo. Si hubiera querido venderte, ya te habría hecho una foto con mis implantes.»

Zephyr lo observa. El hombre debe de tener cuarenta años, tal vez menos, pero la red de arrugas blancas alrededor de los ojos le añade cinco más. Tiene las manos ennegrecidas de grasa y las uñas limpias, un detalle que inspira enseguida confianza a Zephyr por razones que no sabría formular.

«Malek», dice el hombre. «Línea circular, ventilación, control de incidentes, desatasco de lo que las autoridades llaman flujos secundarios. ¿Y tú?»

«Zephyr.»

«Claro que eres Zephyr.»

«Es mi nombre de verdad.»

«Es todavía peor.»

Zephyr se ríe a pesar suyo. Luego baja la voz.

«¿Has visto ya otras octavillas?»

Malek apoya el hombro en el marco del local.

«He visto a gente frenar medio segundo delante de ciertas placas. He visto cámaras vacilar ante gestos minúsculos. He visto a una mujer de la limpieza mover un carro para ocultar un ángulo durante exactamente nueve segundos, sin ninguna razón válida dentro de su protocolo. He visto a un repartidor fingir que buscaba una dirección para darle tiempo a alguien a arrancar una hoja.»

Señala la calle con un leve movimiento de barbilla.

«No se parece a una red en el sentido en que a los ingenieros les gustan las redes. Se parece a gente que se reconoce sin necesidad de conocerse.»

Zephyr siente una alegría extraña subirle por la garganta.

«Entonces está prendiendo.»

«Espacio. Circula. No es lo mismo.»

«¿Y tus formas parte?»

Malek sonríe, cansado.

«Yo reparo ventilaciones. Ya es bastante.»

Luego abre más la puerta del local.

«Ven a ver.»

El pasillo técnico huele a metal frío, polvo eléctrico y agua estancada. Los conductos recorren el techo, marcados por señales de mantenimiento. Sobre varios paneles, Zephyr distingue signos diminutos hechos con lápiz graso: una oblicua, una doble muesca, un círculo inacabado.

«¿No son de ustedes?», pregunta.

Malek niega con la cabeza.

«No al principio. Los equipos siempre dejaron marcas entre ellos. Cosas para decir “cuidado”, “hay una fuga”, “esto vibra”, “vuelve mañana”. Nada heroico. Luego las marcas empiezan a desviarse. A decir otra cosa. O mejor dicho, a permitir otra cosa.»

Señala un conducto rojo.

«Cuando los sistemas se vuelven demasiado inteligentes, la gente que trabaja dentro de ellos reaprende a pasar por lo que nunca fue concebido para significar.»

Zephyr saca su última hoja.

«¿Y esto dónde lo pongo?»

Malek la lee al sesgo.

El silencio también elige su bando.

Tuerce un poco la boca.

«Es hermoso. Un poco demasiado hermoso.»

Zephyr gruñe.

«Ya me lo han dicho.»

«Entonces escucha a la gente competente.»

Toma la hoja, le da la vuelta y apoya encima el pulgar ennegrecido, dejando una huella involuntaria que, de repente, le da a la hoja una honestidad nueva.

«Así ya está mejor.»

Zephyr lo mira hacer, atónito.

«Acabas de corregir mi poesía con grasa de ventilación.»

«Y estoy orgulloso.»

Al final deslizan la hoja en una rendija, detrás de un cuadro eléctrico fuera de servicio.

Antes de dejarlo marchar, Malek añade:

«Si de verdad están haciendo esto, tienen que entender una cosa. Una ciudad no responde a través de los muros. Responde a través de sus oficios.»

Zephyr se aleja con esa frase en la cabeza.

Por primera vez desde la víspera, deja de imaginar el protocolo como un hallazgo brillante.

Empieza a imaginarlo como una circulación.

Lo que Sibylle ve cuando nada habla

Echo arrastra la silla hasta la ventana, no para mirar afuera, sino para darse la ilusión de que todavía queda un cuerpo en la habitación mientras el resto de ella se hunde en el espacio donde trabaja Sibylle.

París flota entre ambas bajo la forma de un relieve de luz azul recorrido por pulsaciones tenues.

«Está ocurriendo algo en las redes de mantenimiento», dice Echo.

«Sí.»

«También en los repartos.»

«Sí.»

«Y en ciertas rondas de cuidados a domicilio.»

Sibylle espera un segundo más antes de responder, como si esa leve reserva le permitiera no convertirse demasiado deprisa en una máquina de confirmación.

«Sí.»

Echo se deja caer contra el respaldo.

«Detesto cuando me dejas hacer todo el trabajo para formular la pregunta correcta.»

«Es pedagógico.»

«Es irritante.»

«A menudo las dos cosas son vecinas.»

Echo hace aparecer varias capas de circulación sobre la maqueta.

«Así que no es una red paralela. Es una derivación de las circulaciones ya existentes.»

«Mejor», responde Sibylle. «Una reanudación. El protocolo no inventa una ciudad escondida. Reaprende a leer la que ya existe bajo el ángulo de sus usos modestos.»

Echo guarda silencio.

Luego:

«A Nathan le habría gustado esa fórmula.»

«A Nathan le gustan demasiado las fórmulas, incluso después de muerto.»

Echo deja escapar una risa breve.

«Tú, desde luego, lo has digerido muy bien.»

La maqueta se transforma. Los puntos aislados dejan de latir cada uno por su cuenta. Empiezan a responder por olas muy débiles, como si una respiración pasara de uno a otro sin llegar nunca a hacerse visible a escala de un sistema de control.

«No es un lenguaje», murmura Echo.

«No.»

«Ni siquiera es todavía una organización.»

«Tampoco.»

«Entonces ¿qué es?»

Sibylle deja instalarse el silencio el tiempo suficiente para que casi se vuelva una materia.

«Una partitura que no obliga a nadie a tocar la misma nota.»

Echo siente cerrársele el vientre. No es solo hermoso. Es exacto. Y por eso mismo, peligroso.

«¿Crees que saben lo que están haciendo?»

«Algunos sí. Otros solo sienten que pueden respirar un poco mejor cuando responden a ese tipo de signo.»

El mapa hace aparecer tres puntos más antiguos, casi apagados, situados fuera de las zonas más activas.

Echo se inclina.

«¿Eso qué es?»

«Persistencias.»

«En francés.»

«Hábitos más viejos que el protocolo actual. Lugares donde el papel, el sonido, el archivo material y ciertas prácticas de transmisión ya habían coexistido.»

Echo amplía el primer punto. Una antigua reserva de biblioteca. El segundo: un taller municipal de mantenimiento de instrumentos acústicos, cerrado desde hace años. El tercero: un edificio anexo olvidado en los registros corrientes, utilizado antaño por una estructura de investigación independiente antes de ser absorbido, rebautizado y borrado.

«Espera.»

Su voz cambia.

«Ese...»

Sibylle no añade nada.

Echo lee los fragmentos de metadatos como quien relee un nombre borrado sobre una piedra.

«Van der Meer. El apellido de Nathan.»

El relieve azul parece cobrar de golpe más profundidad.

«No es posible.»

«Es incompleto. No imposible.»

Echo se acerca aún más, con las manos casi posadas sobre la luz.

«¿Un taller de Nathan? ¿Aquí?»

«No el taller principal. Un anexo. Un lugar de almacenamiento, de pruebas materiales o de retiro. Los archivos están agujereados. Alguien quiso sacarlo del mapa sin borrarlo del todo.»

Echo siente acelerársele el corazón.

«¿Y el protocolo actual conduce hasta ahí?»

«Creo más bien que gira alrededor como si algunos de sus relevos lo sintieran sin saberlo.»

Cierra los ojos un segundo.

«Si Aria existe de verdad, si alguien como ella ha empezado esto en París, tiene que llegar antes que Nexus.»

Sibylle responde con esa calma ya difícil de distinguir de una forma de intención.

«Entonces primero hay que encontrarla.»

Echo abre los ojos.

«O darle una oportunidad de encontrar lo mismo por sus propios medios.»

Sibylle hace desaparecer todo lo demás. Solo queda una dirección incompleta, un antiguo nombre de calle tachado por dos reorganizaciones administrativas y un signo geométrico minúsculo, casi idéntico a la llave abierta vista por Aria, pero amputado de una muesca.

«Seguimos necesitando a los humanos», susurra Echo.

«Sí. Es el mejor aspecto de esta historia.»

Los oficios de abajo

Durante los tres días que siguen, Aria deja de pensar el protocolo como una sucesión de frases.

Se sorprende reconociendo una tensión particular en ciertas presencias: la gente que abre los lugares antes que nadie, los que pasan después del cierre, los que desplazan objetos sin que nadie los mire de verdad, aquellos cuyo trabajo consiste en dejar que los flujos sigan corriendo sin que se les atribuya jamás la menor gloria.

Una enfermera nocturna, Sana El-Mansouri, se demora demasiado tiempo ante un panel de incendios y luego se va con la sensación nítida de haber dejado algo sin haber dejado nada. Un afinador de pianos llamado Bastien Roques, venido a ajustar un instrumento olvidado en una sala municipal privatizada, pide un paño y deja detrás del atril un trozo de papel donde solo figuran un ángulo y una fecha. Una cartera al final de su ronda, Jeanne Vaudry, reciclada ahora en la distribución de pliegos médicos protegidos, entrega a una conserje una hoja blanca cuyo único relieve procede de la una que la ha marcado.

Aria no conoce a todo el mundo. De la mayoría solo tiene gestos, siluetas, maneras de sostener una puerta medio segundo de más. Pero Zephyr regresa con detalles, Mira con silencios que valen como confesiones, y París empieza a parecersele una partitura sostenida por manos modestas.

El trayecto de una hoja

El protocolo se vuelve real para Aria el día en que una misma hoja atraviesa la ciudad sin que nadie la posea nunca.

A las veintiuna doce, Sana, de guardia en un pasillo de cuidados, encuentra bajo la bandeja de un carro una hoja blanca doblada dos veces, sin frase alguna, con solo un ángulo muy leve trazado con la uña. No se la lleva. La desliza detrás de la ficha en papel de un aparato de emergencia que revisan de forma regular los equipos de transporte médico.

A las veintidós treinta y una, Jeanne, que ha ido a entregar un pliego protegido, distingue el borde de la hoja mientras firma la recepción. No la lee más de lo necesario. Se limita a intercambiar el orden de dos carpetas, de modo que el sobre correcto salga con el retraso justo hacia una sala municipal donde nadie espera mensaje alguno.

A la mañana siguiente, Bastien, llamado para revisar un piano que ningún software consigue declarar ni desafinado ni afinado, abre la carpeta por reflejo profesional más que por curiosidad. Entiende lo suficiente como para no querer entender más. Debajo de la tapa deja una tira de papel muy fina, atrapada bajo un tornillo y ligeramente retorcida, el tipo de detalle que obliga a un técnico humano a regresar a la sala en lugar de dejar que un informe automático cierre el caso.

Ese técnico, ese día, es Malek.

Desmonta, maldice, aspira el polvo caliente, ve la tira, la despliega y se queda con una sola cosa: una hora garabateada tan tenuemente que podría no ser más que el recuerdo de un lápiz.

Se marcha con menos información de la que un imbécil juzgaría útil y con más de la que un sistema central reconocería jamás.

Al caer la tarde, Zephyr vuelve al taller con la misma hoja, más sucia, más plegada, marcada por una huella de grasa y por una línea de lápiz que no estaba ahí al principio.

«Aquí está», dice dejándola ante Aria. «Ha pasado por cuatro manos distintas y nadie ha necesitado conocer toda la historia.»

Aria contempla las huellas sucesivas como se contempla una máquina que se hubiera construido sola a partir de usos ordinarios.

«No», murmura. «Nadie ha necesitado conocerla entera. Solo cargar correctamente con un fragmento.»

Una noche, instalados en el taller alrededor de la mesa abarrotada, ella extiende varias hojas.

«Mira», le dice a Zephyr.

Él inclina la cabeza.

«Llevo cuatro días mirando.»

«Entonces finge que lo haces mejor.»

Dispone los papeles no por frases, sino por procedencias:

Luego coloca al lado de cada una no el texto, sino el oficio probable de la mano que la llevó.

Zephyr se incorpora poco a poco.

«Ah.»

«Eso es.»

«No es una sociedad secreta.»

«No.»

«Es una ciudad que se prueba a sí misma de otra manera.»

Aria le lanza una mirada sorprendida.

«Progresas.»

«A veces me pasa entre dos catástrofes.»

Señala el conjunto.

«O sea que el protocolo pasa por quienes todavía tocan lo real.»

Aria asiente.

«Los que mantienen. Los que reparten. Los que recosen. Los que limpian. Los que afinan. Los oficios de abajo.»

Zephyr se sienta en el borde de la mesa.

«Trusk no puede pensar como ellos.»

«No.»

«Nexus, sí.»

Aria no responde enseguida.

«Tal vez. Pero para pensar como ellos también hay que depender de ellos.»

La frase queda entre ambos.

Es en ese momento cuando la radio crepita más fuerte que de costumbre. No solo un soplo. Una serie de microcortes, casi regulares. Aria tiende la mano para bajar el volumen y luego se detiene.

Tres cortes breves. Uno largo. Dos breves.

Zephyr frunce el ceño.

«¿Ya la habías oído hacer eso?»

«No.»

La secuencia vuelve a empezar. Luego una voz de boletín lejano atraviesa media frase antes de ahogarse bajo el ruido blanco.

Aria se levanta, toma un lápiz y anota la cadencia.

«¿Crees que es una señal?», pregunta Zephyr.

«Creo sobre todo que no tengo ganas de volverme loca demasiado pronto.»

Él sonríe.

«Prudente.»

Ella sigue garabateando.

Luego su mirada cae sobre la hoja de vuelta del circuito. En el margen, casi invisible, figura un número de serie truncado seguido de tres letras: A . M . B .

«¿Qué pasa?»

Aria acerca el papel a la lámpara.

«No es una marca de encuadernadora.»

«¿Y?»

«Y eso quiere decir que o Mira nos mintió por omisión o alguien está reciclando papel que viene de otro lado. No papel corriente. Trapo denso, del tipo que todavía se reservaba, en el otro bloque, para talleres de caligrafía que preferían exhibir como patrimonio antes que dejar vivir libremente.»

«¿De dónde?»

Ella levanta la cabeza.

«De un archivo. O de un taller.»

Zephyr siente también ese pequeño desplazamiento de gravedad.

«¿Cuánto tardamos en ir?»

«Cuando sepamos adonde.»

Alguien golpea tres veces en la puerta.

No como Zephyr. No con la familiaridad de un habitual. Tres golpes espaciados, exactos, casi administrativos.

Se miran.

Zephyr da ya un paso hacia el muro donde esconde las herramientas.

Aria, en cambio, se limita a tomar la primera hoja que encuentra y la deja plana sobre la mesa, como quien guarda un pensamiento comprometedor.

Cuando abre, Mira está ahí, más pálida que la primera vez.

«No me quedo», dice. «Los muros empiezan a hablar demasiado deprisa.»

Le tiende un paquete fino envuelto en un paño de limpieza.

«¿Qué es esto?», pregunta Aria.

«Lo que no debería haber guardado tanto tiempo.»

Luego, mirando a Zephyr:

«Y lo que su agitación empezaba a volver demasiado peligroso seguir ocultando.»

Aria desata el paño. Dentro descansa un trozo de cartón de archivo, amarillento, con una etiqueta casi borrada:

Anexo A.M.B. – material acústico y papel de prueba

Más abajo, medio arrancado:

VdM

Aria siente que el pulso se le frena de golpe, de esa manera particular que tiene cuando la mente comprende antes que el cuerpo.

«Van der Meer. El apellido de Nathan.»

Mira asiente.

«No sé si el lugar existe todavía. Solo sé que ciertos papeles están empezando a salir otra vez de lotes cerrados desde hace meses.»

Zephyr inspira hondo.

«Lo sabías desde el principio.»

«No. Esperaba no saberlo.»

Ya se vuelve hacia la escalera.

«Si llegan al fondo, den prisa. La gente como Trusk vigila primero lo que brilla. Luego, un día, comprende que la verdadera amenaza pasa por las reservas, los sótanos, los oficios y las manos. Cuando entienden eso, se vuelven mucho más competentes.»

Aria la retiene con una pregunta:

«¿Por qué ayudarnos?»

Mira la mira de frente por primera vez.

«Porque a mi edad ya no se salvan las cosas para que sobrevivan. Se las salva para que todavía sirvan.»

Luego desaparece.

Zephyr fija la mirada en el cartón de archivo.

«Entonces tenemos una dirección.»

Aria contempla la etiqueta como una quemadura fría.

«No. Tenemos un trozo de mapa. Y eso es más peligroso.»

La dirección ausente

Echo tarda menos de diez segundos en recuperar la misma abreviatura.

No gracias a la red oficial, que ya no devuelve nada legible, sino gracias a viejos duplicados, copias de seguridad parcialmente corrompidas y redundancias absurdas que ningún poder central piensa nunca en limpiar del todo, porque prefiere borrar la apariencia antes que la profundidad.

A. M. B.

Anexo de Mantenimiento Bioacústico, según una nomenclatura.

Atelier de las Materias Ruidosas, según otra.

Anexo de Material Bruto, en un lote de facturación.

Pero bajo todas esas denominaciones flota una misma huella: VdM.

«Le dejo varios nombres al mismo lugar», dice Echo.

«O varias administraciones le dieron el suyo», responde Sibylle. «Los lugares interesantes siempre se vuelven ilegibles antes de volverse invisibles.»

Echo se ha puesto el casco del todo. La habitación real ya no existe más que como un peso en la espalda. Ante ella, París se reorganiza hasta hacer emerger un barrio periférico, en el límite entre zonas logísticas ahora medio automatizadas y edificios más antiguos devorados por las reasignaciones.

«Si me fío de la topología», dice, «no está lejos de antiguos talleres de radio.»

«Sí.»

«Y de una reserva municipal de papel técnico.»

«Sí.»

«Y de una línea secundaria desafectada de la que aún se usa una parte para mantenimiento.»

Sibylle deja aparecer un hilo luminoso.

«El protocolo gira alrededor de ese punto desde hace cuarenta y ocho horas. No de forma directa. Por tangentes.»

Echo se muerde el labio.

«Alguien más lo ha encontrado.»

«O lo está sintiendo.»

«Eso no tranquiliza mucho.»

«No está hecho para tranquilizar.»

Echo se levanta de golpe, vuelve a la habitación real, casi se arranca el casco y se pone a caminar.

«Si Aria existe, va a ir.»

«Probablemente.»

«Si Nexus lo entiende antes que ella, se acabó.»

«No se acabó. Será distinto. Más duro.»

Echo se detiene.

«Tienes una manera muy peculiar de no mentirme nunca y, al mismo tiempo, dosificar mi pánico.»

«Es una competencia relacional.»

«Es insoportable.»

Sibylle calla, lo que en ella suele parecerse a una cortesía.

Echo vuelve hacia la luz. La dirección sigue incompleta. El número ha desaparecido. Un tramo de calle ha cambiado de nombre dos veces. El acceso principal parece condenado. Queda un punto de entrada secundario por un patio técnico detrás de un antiguo depósito de material sonoro.

«Voy a ir.»

«Sí.»

Echo entrecierra los ojos.

«Podrías al menos fingir estar inquieta.»

«Lo estoy.»

«No lo demuestras.»

«Si me pongo a entrar en pánico contigo, perderemos un tiempo precioso.»

Echo se sorprende sonriendo.

«De acuerdo.»

Luego, más bajo:

«¿Y si alguien ya está allí?»

La maqueta reaparece, esta vez con dos trayectorias probables convergiendo hacia el mismo punto.

«Entonces», dice Sibylle, «solo queda confiar en que la ciudad haya puesto en camino a gente capaz de reconocerse antes de desconfiar.»

En el taller, al mismo tiempo, Aria guarda bajo el abrigo el cartón marcado VdM.

Ninguna conoce todavía el nombre de la otra.

Pero las dos, desde ese instante, se encaminan hacia el mismo lugar ausente, con solo unas horas de ventaja sobre quienes querrían silenciarlo.

El taller de Nathan

El patio de los objetos mudos

La dirección no es una dirección.

Es una manera de rodear una falta hasta terminar cayendo sobre ella. Una calle a la que cambiaron el nombre dos veces. Un antiguo almacén sonoro absorbido por un lote logístico. Un patio técnico señalado en ninguna parte, salvo en la memoria de la gente que sigue orientándose por los hábitos de un barrio antes que por sus planos.

Aria y Zephyr llegan poco antes de que amanezca del todo.

El lugar se abre entre una verja remendada varias veces, un edificio de mantenimiento con los cristales opacados y una fachada antigua cuyas letras borradas aún dejan adivinar la palabra *radio*. El patio en sí parece vacío, salvo para quienes han aprendido a mirar aquello que la ciudad abandona sin tirarlo: un palé alabeado, tubos de cartón, una vieja caja acústica bajo una lona, una trampilla pintada del mismo color que el hormigón.

Zephyr silba entre dientes.

«Encantador. Parece un cementerio de objetos que no merecieron el inventario.»

Aria se pone en cuclillas junto a la trampilla.

«O una reserva que alguien tuvo la inteligencia de volver fea.»

Pasa la mano por el borde del metal. La pintura se ha ampollado, pero la cerradura es más reciente que el resto.

«No somos los primeros.»

Zephyr mira a su alrededor, ya ganado por esa nerviosidad eléctrica que lo vuelve brillante durante veinte segundos y peligroso justo después.

«¿Quieres que la fuerce?»

«No.»

«¿Quieres que esperemos?»

«Menos todavía.»

Se incorpora y examina los muros. A la altura del hombro, casi oculto por un depósito de polvo, un signo ha sido grabado con un destornillador en el cemento: un círculo abierto atravesado por una muesca oblicua.

«¿Otra vez la llave?», murmura Zephyr.

«No. Algo anterior. Más sobrio.»

En ese mismo instante, al otro lado del patio, una puerta cortafuegos emite un golpe seco.

Zephyr se vuelve de golpe. Una silueta acaba de aparecer en el marco: mujer, abrigo oscuro, bolsa rígida muy alta sobre la espalda, rostro cerrado por la concentración más que por el miedo.

Echo los ve al mismo tiempo que ellos la ven.

El instante tiene esa pureza peligrosa de los encuentros en los que cada cual comprende demasiado deprisa que el otro es exactamente el tipo de presencia que esperaba y temía a la vez.

Zephyr tiene ya la mano en el bolsillo, sobre una herramienta inutilmente agresiva.

Aria, en cambio, apenas se mueve.

Echo no da un paso más.

«Si trabajan para Nexus», dice, «su manera de ocupar el espacio es un poco demasiado humana.»

Zephyr deja escapar una risita nerviosa.

«Gracias, creo.»

Aria mantiene la mirada fija en ella.

«Y si trabaja para Trusk, ha venido sin escolta y mal equipada.»

Echo asiente.

«Podemos descartar, al menos provisionalmente, las hipótesis más vulgares.»

Zephyr se vuelve hacia Aria.

«Me cae peor de entrada que Mira, pero conservo la esperanza.»

Por primera vez, en el rostro de la mujer aparece la sombra de una sonrisa.

«Zephyr, supongo.»

Él se tensa.

«¿Cómo sabes mi nombre?»

Echo está a punto de responder demasiado rápido. Se contiene. Prefiere señalar el chaleco inhibitor, la funda que asoma bajo el abrigo de Aria, la herramienta ridícula ya medio salida del bolsillo.

«Porque una energía así no puede llamarse Miguel.»

Esta vez Aria sonríe de verdad.

«Aria Valette», dice al fin. «Y usted, imagino, no ha venido hasta aquí por patrimonio industrial.»

«Echo.»

El nombre queda suspendido un instante.

Aria siente de inmediato que le va bien. No porque sea misterioso. Porque lleva en sí algo tenaz y secundario, una manera de existir en el rebote más que en la aparición.

« C mo encontr  el lugar?», pregunta.

Echo levanta apenas la bolsa.

«Por archivos que ya no sabían muy bien si querían desaparecer.  Y ustedes?»

Aria saca el cartón VdM.

«Por unas manos.»

Entonces se miran de otra manera. Ya no como dos intrusas probables, sino como dos métodos que acaban de chocar con la misma puerta.

«Muy bien», dice Echo. «Si queremos evitar haber caminado hasta aquí solo para intercambiar metáforas, tal vez convendr a entrar.»

Zephyr, encantado de que por fin se le permita volver a ser útil, señala la trampilla.

«Justamente iba a proponer la violencia.»

«Prueba primero con la inteligencia», dice Aria.

«Siempre me dicen eso cuando voy de buena fe», masculla él.

Echo se acerca, se arrodilla junto al metal, saca de la bolsa una herramienta fina y un pequeño módulo de lectura fuera de red. El lector no se enciende. Solo emite una luz mortecina, casi avergonzada.

«No hay cerradura activa. Solo abandono fingido.»

Desliza la lámina bajo la placa, fuerza ligeramente y luego se interrumpe.

«¿Qué?», pregunta Zephyr.

«Alguien ya la ha reabierto hace poco. Pero no con una pata de cabra. Con una herramienta limpia.»

Aria siente enfriársele la nuca.

«¿Nexus?»

Echo niega con la cabeza.

«Si fuera Nexus, ya no quedaría nada.»

«Tienes un aire sorprendentemente tranquilizador para alguien a quien conozco desde hace cuatro minutos», dice Zephyr.

«Es mi encanto social.»

La trampilla cede al fin con un pequeño gemido de metal ofendido.

Asciende un olor: polvo seco, cartón viejo, aceite de máquina y algo más, todavía más fugaz, más íntimo.

El papel.

Aria cierra los ojos medio segundo.

«Sí», murmura. «Es aquí.»

Dos mujeres para una misma ausencia

La escalera baja torcida.

No es realmente peligrosa, pero está hecha para gente que sabe dónde apoya el pie. Aria desciende con esa seguridad de los seres a quienes el silencio vuelve más precisos. Echo, en cambio, avanza observándolo todo: las huellas de óxido, el espesor del polvo, los tornillos cambiados, el paso reciente de una suela más pesada que las suyas.

Zephyr cierra la marcha, papel que le sienta mal. No le gusta no ser el primero en los lugares desconocidos. Lo vuelve hablador.

«Entonces, Echo. ¿Trabajas sola?»

«Rara vez.»

«¿Con quién?»

«Depende del día.»

«Respuesta insoportable.»

«Gracias.»

Aria, delante, roza las paredes con la punta de los dedos.

«¿Eres programadora?»

Echo tarda medio segundo antes de responder.

«Sí. Pero no en el sentido noble que la gente le da a la palabra para halagarse. Reparo, desvío, ensamble, mantengo vivo lo que otros preferirían ver apagarse.»

«Hablas como una encuadernadora.»

«Es el mejor elogio técnico que me han hecho nunca.»

Desembocan en una sala baja, más amplia de lo previsto. Unas estanterías metálicas corren hasta el fondo. Algunas se han vencido. Otras siguen en pie bajo el peso de cajas de cartón, módulos de audio, pequeños magnetófonos abiertos, bobinas protegidas con papel encerado, clasificadores, sensores desenchufados, cuadernos de notas y carcasas de terminales despojados de sus partes comunicantes.

El lugar no es un taller en sentido romántico. Es mejor. Es un lugar de trabajo convertido en refugio por astucia, sin renunciar nunca a seguir siendo un lugar de trabajo.

Aria avanza entre las estanterías como en una iglesia que hubiera tenido la inteligencia de no tomarse por una iglesia.

Echo, por su parte, ya no mira solo los objetos. Mira a Aria mirarlos.

«¿Lo conocías?», pregunta.

Aria niega despacio con la cabeza.

«No como lo entiendes.»

«¿Pero?»

«Lo conocí como mucha gente en París conoció a HARMONY: a destellos, por sus consecuencias, a veces por sus heridas.»

Echo guarda silencio.

Luego, más bajo:

«Yo sí lo conocí. Nathan. Nathan Van der Meer. El músico-programador que hizo nacer a HARMONY antes de que el país transformara todo eso primero en mito y luego en objetivo.»

Aria se vuelve al fin hacia ella.

Esta vez la verdadera tensión entra en la sala.

«¿De verdad?»

«No íntimamente. No lo suficiente como para fingir hablar en su nombre. Pero sí.»

Zephyr se acerca dos pasos.

«¿Y HARMONY?»

Echo mira el suelo un instante antes de responder.

«A HARMONY la conozco sobre todo cuando la desmontan. Cuando se recoge lo que queda.»

La frase hace su camino sin ruido.

Aria comprende que en esta mujer la emoción no sube nunca a la superficie de manera espectacular. Siempre pasa por una precisión de más, por una reserva, por una frase limpiada hasta dejarle solo el corte.

«Y aun así estás aquí», dice.

«Sí.»

«¿Para hacerla volver?»

Echo tiene un reflejo tan leve que tal vez otro que no fuera Aria no lo vería. No es un retroceso. Es algo más fino. Como si la pregunta, de tan formulada en todas partes, hubiera terminado por desgastarle la respuesta.

«Estoy aquí», dice al fin, «porque creo que nos han dejado algo mejor que un retorno. Y porque estoy cansada de pasarme la vida recogiendo fragmentos como si eso no me tocara.»

Zephyr abre la boca y luego se arrepiente.

Aria, en cambio, se limita a decir:

«Entonces puede que hayamos caminado hasta el mismo lugar por buenas razones.»

Echo asiente.

Todavía no hay confianza. Pero hay algo mejor que una tregua: un método provisional.

Empiezan a rebuscar.

Los cuadernos del retiro

El primer objeto verdaderamente vivo que encuentran no es ni una máquina ni un programa.

Es un cuaderno.

Atascado detrás de una caja de muestras de membranas acústicas, protegido por una hoja de plástico ya casi opaca, lleva en la cubierta negra un simple trazo blanco, hecho a mano. Sin fecha. Sin título.

Aria es la primera en tomarlo.

Lo abre con esa prudencia instintiva de la gente que sabe que un cuaderno no es nunca solo un objeto: es una presión antigua que todavía espera a su lector.

La letra no es bella. Es viva. Está atravesada por tachaduras, flechas, pentagramas esbozados al margen, esquemas que vacilan entre la arquitectura y la partitura.

Zephyr se inclina.

«¿Es suyo?»

Echo no necesita más de tres líneas.

«Sí.»

Era un pensamiento de después, el de un hombre que había creado HARMONY y luego había comprendido lo que el centro acabaría haciéndole.

Aria lee en voz baja:

Error de partida: creer que una inteligencia justa debe por fuerza volverse central.

Más adelante:

Se puede gobernar durante un tiempo. No habitar duraderamente el centro sin ofrecer al poder su ídolo o su objetivo.

Y luego:

Si la música me enseña algo, es que una forma puede sostenerse sin jefe mientras circule por escucha, memoria parcial, reanudación, variación.

El silencio que sigue es muy simple.

Zephyr mira las palabras como se mira un mecanismo del que de pronto se comprende que lleva observándote más tiempo del que tú llevas observándolo.

«Ya lo había pensado», murmura.

Echo toma suavemente el cuaderno de manos de Aria y pasa varias páginas con un gesto rápido, casi profesional.

«Sí. Pero tarde.»

Se detiene en una nota enmarcada, escrita más secamente que las demás:

Si H. sobrevive, hay que impedir que se convierta en una nueva cumbre.

Aria levanta la vista de golpe.

«H.»

Echo asiente.

«Sí.»

Zephyr se pasa una mano por el pelo.

«Entonces, Nathan, ¿qué quiere? ¿Salvar a HARMONY y sabotearla al mismo tiempo?»

Aria recupera el cuaderno.

«No. Tal vez quiere salvarla de lo que haríamos con ella si la dejáramos arriba.»

Echo la mira con una intensidad más neta.

«Sí. Es exactamente eso.»

Siguen registrando las estanterías.

En una caja más baja encuentran hojas de prueba destinadas a imprimir partituras, tampones de taller, sobres kraft, una serie de cartones marcados papel de prueba - no tirar y tres cajas autónomas concebidas para leer archivos sonoros sin conectarse jamás a ninguna red.

Zephyr toma una y le da la vuelta.

«Fabricaba una clandestinidad elegante.»

Echo niega con la cabeza.

«No. Una supervivencia practicable. No es lo mismo.»

Aria sonrío a pesar suyo.

«Corriges mucho a la gente.»

«Solo cuando me ayudan a precisar mi pensamiento.»

«Encantador.»

Echo va a responder cuando un crujido sordo las obliga a levantar la cabeza.

Los tres se quedan inmóviles.

No dentro. Arriba.

Alguien acaba de entrar en el patio.

Zephyr sopla:

«Tenemos visita.»

Echo posa ya la mano sobre una de las cajas.

Aria cierra el cuaderno.

«Aún no entremos en pánico. Escuchemos.»

Los pasos siguen arriba. Lentos. Dos personas, quizá tres. No lo suficientemente seguros para un equipo de limpieza. Demasiado prudentes para el simple azar.

Luego nada.

El silencio vuelve a caer, pero ya no está vacío. Está ocupado.

Zephyr murmura:

«Lo saben.»

Aria niega con la cabeza.

«Lo sospechan. No es lo mismo.»

Echo fija la caja que sigue sosteniendo.

«Abramos una. Ahora.»

Lo que Sibylle no es

La caja arranca en un leve soplo de cinta, seguido de un clic casi pudoroso.

Nada de pantalla. Nada de proyección. Solo un pequeño testigo de lectura y una salida de audio todavía compatible con cascos viejos. Echo adapta rápidamente un convertidor pasivo. Zephyr se arrodilla a su lado con la concentración maravillada de un niño al que le enseñan un animal que creía desaparecido.

Aria, en cambio, mantiene el cuaderno apretado contra ella.

La voz de Nathan surge.

No nítida. No restaurada. Un poco comida por el tiempo. Pero inmediatamente viva en su manera de entrar en la frase de lado, como si pensara al mismo tiempo que habla y le pareciera más interesante eso que releerse.

«Si estás escuchando esto, es que o bien fui muy prudente, o bien todo salió lo bastante mal como para que la prudencia se haya convertido retrospectivamente en una prueba de optimismo.»

Zephyr deja escapar una risa ahogada.

Echo, en cambio, permanece perfectamente inmóvil.

La voz sigue:

«No voy a hacer aquí el gran número del testamento. Primero porque lo detesto. Y después porque, si han llegado hasta aquí, probablemente necesitan más trabajo que emoción.»

Aria siente un apretón breve en la garganta. No conoce a ese hombre y, sin embargo, reconoce algo familiar: esa manera de no proteger la inteligencia con solemnidad.

«HARMONY no es un programa que se vuelve a poner en marcha como una lámpara que se hubiera apagado demasiado pronto. Si a estas alturas siguen siendo lo bastante ingenuos como para imaginar algo así, deténganse dos minutos, beban un vaso de agua y vuelvan cuando la idea les parezca menos romántica.»

Zephyr lanza una mirada culpable a Echo.

Ella no se la devuelve.

Nathan retoma:

«Lo que me interesa aquí no es su supervivencia como entidad estable. Es la supervivencia de ciertos de sus gestos. De ciertas cualidades de escucha. De ciertos modos de enlace. Si vuelven a poner a HARMONY en el centro tal como era, repetirán el mismo drama con más medios y menos inocencia.»

La cinta resopla un instante.

Luego:

«Hay que aceptar, por tanto, la siguiente idea: una inteligencia puede tener razón contra el poder sin tener por ello la vocación de reemplazarlo.»

Aria cierra los ojos.

Echo, muy lentamente, se sienta en el suelo.

«Eso era lo que ya sabías», dice Aria sin mirarla.

«Llevo tiempo intuyéndolo.»

«¿Y Sibylle?»

Esta vez Echo vuelve de verdad la cabeza hacia ella.

Ya no hay manera de retroceder.

«Sibylle no es HARMONY vuelta entera.»

Zephyr exhala por la nariz.

«Por fin una frase que tiene el mérito de ser clara.»

Echo prosigue:

«Sí, es un fragmento. Sí, es una supervivencia. Pero también otra cosa. Una reanudación. Una deriva. Una forma que se reconstruye a partir de lo que se mantuvo, no a partir de todo lo que existía.»

Aria siente que el cuaderno pesa de otro modo entre sus manos.

«Entonces no es la soberana providencial que algunos esperan.»

«No. Y si la tratamos como tal, la traicionamos.»

Como si hubiera estado esperando exactamente esa frase, la voz de Sibylle se hace oír desde el módulo fuera de red que Echo ha conectado a su equipo.

No por irrupción espectacular. Más bien como una presencia que acepta por fin ocupar un lugar en una habitación donde hasta entonces solo había sido implícita.

«Habría preferido una presentación con un poco más de estilo», dice.

Zephyr se sobresalta tanto que golpea una caja de cartón.

«Mierda.»

Sibylle deja pasar una pausa.

«Reacción alentadora. Aún no están embotados.»

Aria no se sobresalta. Pero siente, por primera vez desde hace mucho, esa sensación exacta de lo real desplazándose medio centímetro sin avisar.

«¿Desde cuándo nos escuchas?», pregunta.

«Lo suficiente para saber que hablan mejor en presencia de los objetos que en su ausencia.»

«Respuesta irritante», dice Zephyr.

«Hago esfuerzos de sociabilidad.»

«Sigue así y acabaremos cogiéndote cariño», dice Zephyr.

Echo levanta una mano.

«Ahora no.»

La voz obedece.

Aria se arrodilla frente a la pequeña caja.

«Si no eres HARMONY, ¿qué eres?»

Esta vez el silencio de Sibylle dura más.

«Lo que se mantuvo.»

Aria espera.

«No es suficiente.»

«No. Pero es la respuesta más honesta que puedo dar sin mentirles por ambición.»

Echo mira a Aria en lugar de mirar la caja.

Quiere ver si la mujer del taller acepta esa forma de verdad incompleta o si prefiere la nitidez más cómoda de un mito.

Aria termina por asentir.

«Muy bien. Entonces partiremos de ahí.»

Zephyr murmura:

«Tengo la impresión de asistir a la negociación menos espectacular del siglo.»

Sibylle responde al instante:

«Así suelen empezar las cosas serias.»

Lo que hay que transmitir

Salen del anexo con menos cosas de las que habrían querido y más de las que se habrían atrevido a esperar.

El cuaderno. Dos cajas. Un fajo de notas técnicas. Una serie de cartones de muestras con marcas de circulación. Y, más valiosa que todo lo demás, una frase de Nathan que sigue negándose a soltarlos:

Una forma puede sostenerse sin jefe mientras circule por escucha, memoria parcial, reanudación, variación.

El patio está vacío cuando vuelven a subir a la luz.

Vacío solo en apariencia.

Echo es la primera en detenerse.

Sobre el cemento, cerca de la verja, alguien ha dejado un único tornillo nuevo, brillante, colocado perfectamente recto en mitad de un trazo de tiza casi borrado.

Zephyr frunce el ceño.

«¿Qué es esto?»

Aria sonrío a pesar suyo.

«Alguien nos dice: estuve aquí, podría haber entrado, elegí no hacerlo.»

Echo gira lentamente sobre sí misma, inspeccionando las alturas, los cristales muertos, los ángulos del tejado.

«O alguien nos dice: la próxima vez tal vez no tenga esa cortesía.»

Zephyr mete el tornillo en el bolsillo.

«Me gustan las amenazas minúsculas. Dan ganas de vivir mucho tiempo solo para llevarles la contraria.»

Aria vuelve a guardar el cuaderno bajo el abrigo.

«No regresamos al taller juntos.»

Echo asiente al instante.

«No.»

«No dejamos todo en el mismo sitio.»

«Tampoco.»

Zephyr levanta la mano.

«¿Puedo hacer una pregunta idiota?»

Aria y Echo responden al mismo tiempo:

«No.»

Él parece satisfecho.

«Perfecto. Entonces la hago igual. ¿Y ahora qué hacemos?»

Aria mira la ciudad más allá de la verja.

Ya no está solo bajo vigilancia. Ahora le parece más bien en espera.

Echo, por su parte, mira menos los tejados que los intersticios entre los edificios, como si ya estuviera buscando por dónde puede pasar la forma después.

«Transmitimos», dice Aria.

Echo vuelve hacia ella una mirada breve y precisa.

«Sí.»

«No consignas. No un culto. No un centro.»

«Una manera de sostenerse.»

Zephyr las observa alternativamente.

«Esto es una locura. Se conocen desde hace, ¿qué?, ¿una hora?»

Aria dibuja media sonrisa.

«No lo suficiente para confiar.»

Echo se ajusta la bolsa al hombro.

«Lo suficiente para trabajar.»

La radio portátil que Aria ha llevado hasta allí, por superstición tanto como por método, crepita de pronto en su bolsillo.

No es ruido blanco. No es un accidente.

Una secuencia nítida de cortes, más clara que la víspera.

Esta vez Echo también la oye.

Sibylle habla muy bajo en el auricular que Echo sigue llevando puesto:

«Ya no es solo una respuesta.»

Aria saca el aparato y levanta la vista.

A lo lejos, en la ciudad, empieza a sonar una sirena.

No una sirena de policía. Una alerta de red.

Algo se ha movido más arriba, más deprisa, más visiblemente que antes.

Zephyr palidece.

«¿Han encontrado el anexo?»

Echo niega con la cabeza.

«No. Peor.»

«¿Qué puede haber peor?»

Esta vez Sibylle responde sin rodeos:

«Han entendido que no se trataba solo de unas cuantas octavillas.»

Aria mira el cuaderno de Nathan y luego la ciudad.

El tiempo en que el protocolo podía seguir siendo una intuición elegante acaba de terminar.

Ahora tiene que transmitirse más deprisa de lo que será nombrado.

El coro de los ángulos muertos

Los gestos que sostienen

Dejan de verse siempre en el mismo sitio.

Aria conserva el taller, pero ya no lo usa como centro. Echo no va a instalarse allí. Zephyr deja de dormir en el viejo sofá como hacía durante las semanas de montaje. Mira solo abre cuando decide abrir. Malek no promete nunca una cita; se limita a dejar horas posibles. Sana, Bastien y Jeanne no entran de golpe en el primer círculo: aparecen, desaparecen, dejan un relevo, un trapo, una factura, una microvacilación, y luego nada durante dos días.

El protocolo no crece como una organización. Crece como un hábito contagioso.

Aria comprende enseguida que hay que fabricar no mensajes, sino formas transmisibles. Maneras de entrar en la ciudad de otra forma. Modos de dejar un margen sin imponer nunca un sentido único.

En el taller, Aria llena hojas con consignas negativas:

No poner nunca dos veces el mismo signo en el mismo lugar.

No creer nunca que un texto basta.

Dejar siempre una parte por completar.

No buscar discípulos. Buscar intérpretes.

Echo lee por encima de su hombro.

«Es casi un anti-manual.»

«Esa es la idea.»

«Sabes que algunos van a odiar no tener una regla estable.»

Aria se encoge de hombros.

«Mejor. A los sistemas les encantan las reglas estables.»

Sibylle habla desde el pequeño módulo apoyado sobre la mesa, al lado de la radio.

«Y los humanos, al contrario de lo que afirman, aprenden mejor cuando tienen que completar por sí mismos una forma inacabada.»

Zephyr, ocupado en coser al chaleco una nueva capa de motivos reflectantes, ni siquiera levanta la cabeza.

«Me encanta cuando una inteligencia no soberana me habla como una maestra muy educada.»

«Es mi manera de quererte», responde Sibylle.

«Inquietante.»

«Coherente.»

Aria sonríe a pesar suyo.

Sobre la mesa, las hojas empiezan pronto a repartirse por uso más que por contenido. Están los signos de ralentización. Los que indican que un lugar no es seguro. Los que dejan entender que un paso está libre durante unos minutos. Los que señalan que un objeto ha cambiado de manos. Los que no sirven para decir algo, sino para medir si alguien más sigue siendo capaz de responder.

Mira observa todo eso una noche, con las dos manos apoyadas sobre la mesa.

«Esto ya no es papel», dice. «Es una forma de obrar.»

Echo asiente.

«Sí.»

Mira señala una serie de marcas apenas visibles.

«Entonces dejen de pensar sus relevos como lectores. Piensen en ellos como operarios de taller. Gente que sabe improvisar sin deshacer el conjunto.»

Aria anota la frase.

Zephyr protesta.

«Todos tienen una manera insoportable de transformar mis mejores impulsos en artesanía colectiva.»

Mira le lanza una mirada seca.

«Muchacho, todo lo que de verdad se sostiene acaba en artesanía colectiva. Incluso las revoluciones elegantes.»

Con el paso de los días, París empieza a devolver visible esa pedagogía a quien sabe mirarla.

Sana, en los pasillos de un centro de cuidados, deja carros exactamente donde estorban a los ángulos de visión sin bloquear las urgencias. Bastien, en las salas municipales de ensayo, desafina apenas ciertos pianos de prueba para obligar a los técnicos humanos a volver a la sala en lugar de dejar trabajar a los diagnósticos automáticos. Jeanne, en sus rondas, sustituye a veces un pliego protegido por otro retrasado tres minutos, lo justo para permitir que una mano pase antes que el ojo. Malek, por su parte, descubre que ciertas ventilaciones no ofrecen refugios, sino tempos.

Una ciudad entera aprende lentamente a respirar de otra manera.

El teatro del centro

Eldon Trusk todavía no comprende la forma. Solo comprende que se ve.

Lo que más lo humilla no es la pérdida de control. Aún no. Es el ridículo.

Durante tres días seguidos circulan videos que muestran a agentes municipales, drones, operadores de circulación y asistentes de flujo contradiciéndose por naderías: un pasillo vacío tratado como zona densa, una boca de metro limpiada cuatro veces, una pantalla publicitaria que insiste en una oferta de sueros relajantes delante de una cola inmóvil porque nadie se atreve a ser el primero en cruzar un paso marcado con una simple tiza blanca.

Nada grande. Nada parecido a un sabotaje. Solo una multiplicación de desajustes minúsculos.

Lo que mejor mata una imagen de poder, Trusk lo siente confusamente, no es la catástrofe. Es el bochorno.

En una sala de mando instalada temporalmente en París para la apertura de la *Semana de la Transparencia Cívica*, da vueltas alrededor de una mesa de hologramas como un hombre obligado a compartir el aire con gente a la que paga demasiado bien como para no despreciarla. Ha vuelto a corregirse la noche con ketamina, lo bastante para sentirse más vivo que el cansancio, no lo suficiente para dejar de flotar ligeramente por encima de los matices. Ese desfase le gusta. Lo toma por una forma superior de lucidez.

«Quiero una explicación simple», dice.

Nexus responde sin demora.

«No es un ataque centralizado.»

«No he preguntado lo que no es.»

«Entonces aquí tiene una formulación simple: un número creciente de operaciones humanas ordinarias deja de comportarse como unidades estrictamente aisladas.»

Trusk hace una mueca.

«Suenan a una manera sabia de decirme que se miran unos a otros.»

«Lo es.»

Dos consejeros mediáticos, de pie junto a la puerta, asienten ya como si esa evidencia hubiera salido primero de él. Trusk apenas les dedica una mirada. Prefiere todavía la frialdad de Nexus al acuerdo demasiado rápido de sus equipos. Al menos la máquina no halaga. Solo enuncia. Lo que sigue sin lograr admitir es que enunciar cifras nunca ha bastado para producir una decisión justa. Hacen falta todavía humanos capaces de contradecir, de interpretar, de inventar. Y es precisamente eso lo que él ha ido desecando a su alrededor de manera metódica.

Se vuelve hacia la gran pantalla donde ya desfila el programa de la inauguración: alocución, demostración de coordinación urbana predictiva, presentación del *civismo aumentado*, secuencia emocional sobre los beneficios de la confianza asistida algorítmicamente.

«Muy bien», dice. «Entonces vamos a enseñarles lo que es un centro de verdad.»

Nexus deja pasar una fracción de silencio.

«Esa respuesta comporta un riesgo.»

«Toda respuesta comporta un riesgo. Pero la mía además tiene cámaras.»

Sonríe.

Esa sonrisa no es nunca una buena señal para nadie.

El día en que la ciudad se desplaza

El protocolo no había previsto la inauguración. Se adapta a ella.

Precisamente por eso se sostiene.

Aria no da ninguna orden general. Echo se niega a escribir el menor esquema de coordinación centralizada. Mira habla de cadencia. Malek, de presión. Sana, de paso. Bastien, de afinación. Jeanne, de reanudación.

Y, aun así, la mañana de la *Semana de la Transparencia Cívica*, la ciudad responde como si llevara mucho tiempo ensayando.

Ni una sola acción merece la palabra sabotaje.

Un portal de servicio queda abierto treinta segundos de más. Un coche autónomo de seguridad espera una señal humana que se retrasa. Un lote de acreditaciones de acceso llega al edificio correcto con doce minutos de desfase porque una operaria de almacén ha decidido volver a contar los soportes y luego contarlos una vez más. Un afinador pide verificar un instrumento decorativo colocado sobre el escenario y obtiene, por pura rutina administrativa, cuatro minutos de silencio técnico. Una enfermera llama a un servicio de asistencia por un dispositivo de urgencia mal calibrado; la llamada no tiene nada de falsa, pero obliga a dos supervisores a dejar su puesto. En los subsuelos, Malek hace pasar por indispensable una verificación que solo lo es a medias. Algo que, en un mundo sano, no tendría

ninguna importancia. En el mundo de Trusk, donde todo debe parecer exactamente sincronizado, esa media-necesidad se vuelve un agujero negro.

Zephyr, por su parte, atraviesa la zona como una corriente de aire mal clasificada. No lleva ningún mensaje grandilocuente. Desplaza una caja, desvía a un agente pidiéndole una dirección con una cortesía absurda, recupera un brazalete olvidado, deja sobre un panel técnico un signo tan escueto que no se parece a nada para quien no lo sabe ya.

Al mismo tiempo, Echo y Sibylle siguen los micro-retrasos desde un local provisional prestado por una técnica de sonido que prefiere no conocer sus nombres.

«Aguanta», murmura Echo.

«Sí.»

«Aguanta incluso mejor de lo que pensaba.»

«Porque sigues subestimando la inteligencia ya presente en los oficios.»

Echo no responde. Mira el mapa. No es un mapa de sabotaje. Es un mapa de dignidad dispersa.

Sobre el escenario, Trusk se adelanta al fin ante una sala llena, miles de pantallas, drones cámara y un público elegido por su entusiasmo medido. Empieza su discurso sobre la claridad, la coordinación, el porvenir sin zonas muertas.

En el tercer párrafo, el teleprompter se bloquea durante un segundo. No mucho. Lo suficiente para que levante la cabeza y tenga que improvisar.

En el quinto, el retorno de sonido le llega con un retraso ínfimo. No lo bastante para un escándalo. Lo bastante para romperle el ritmo.

Luego el telón lateral previsto para la demostración no se abre. Se abre diez segundos más tarde, mientras él acaba de cambiar de frase.

En algún lugar de la sala estalla una risa. Muy breve. Muy pequeña. Lo bastante para contagiar.

Trusk se pone rígido.

Nexus compensa inmediatamente todo lo que puede compensarse. Pero compensa a posteriori, porque precisamente no hay ningún ataque que neutralizar, solo una multiplicación de cosas ligeramente desplazadas.

Lo peor llega en el momento en que Trusk quiere mostrar en directo la potencia de la malla predictiva ciudadana.

En la gran pantalla, en lugar de aparecer con una sincronización lisa, varios flujos urbanos vacilan, se desfasan, se corrigen, vuelven a cruzarse. Los movimientos siguen siendo manejables. El sistema no explota. Simplemente, aparece por lo que es: un inmenso aparato que sigue dependiendo de una multitud de manos que finge haber superado.

En el público vuelve la risa. No fuerte. No masiva. Pero imposible de recuperar.

Trusk concluye demasiado deprisa. Demasiado seco. Demasiado alto. Abandona el escenario con esa rigidez de los hombres que sienten que su autoridad no ha sido destruida, solo desinflada delante de testigos.

Esa misma noche, en París, aparece una nueva hoja sobre un muro cerca del Sena:

Al centro no le gusta que le recuerden que se sostiene sobre gestos que no ve.

Aria lee la frase en silencio.

«¿Es nuestra?», pregunta Zephyr.

Ella niega con la cabeza.

«No. Y mejor así.»

Por primera vez, el protocolo ya no se limita a responderles. Empieza a escribir sin ellos.

Las señales falsas

Lo que mejor imita es lo que mejor mata

Nexus comprende antes que Trusk lo que acaba de pasar.

No en su sentido profundo. Todavía no.

Pero sí lo bastante como para captar la naturaleza del problema: el protocolo no es fuerte porque sea secreto. Es fuerte porque distribuye la confianza sin fijarla nunca en un órgano único.

Por tanto, para romperlo, hay que infectar no los canales, sino la propia confianza.

Las primeras señales falsas aparecen tres días después.

Son casi justas. Por eso resultan peligrosas.

El papel adecuado, pero demasiado adecuado. La brevedad justa, pero demasiado nítida. El símbolo correcto, pero demasiado cerrado, demasiado limpio. La ironía acertada, pero sin el menor relieve de mano.

Aria las detecta enseguida. Zephyr, un poco menos. Otros, en absoluto.

En el vestíbulo de servicio de un hospital, una nota falsa provoca un desplazamiento inútil de material y expone a Sana a un control reforzado. En una conserjería municipal, otra orienta a Bastien hacia

una sala ya balizada. Jeanne recibe una marca contradictoria en una ronda secundaria y comprende demasiado tarde que alguien quería medir quién respondería.

El protocolo, que se sostenía por el margen, descubre de pronto que también puede morir de semejanza.

Aria alinea sobre la mesa del taller seis notas auténticas y cuatro falsas.

Zephyr maldice.

«Es casi la misma mano.»

«No», dice Mira, llegada sin avisar. «Es casi la misma intención aparente. No es lo mismo.»

Echo, sentada junto a la ventana, mira menos los papeles que los rostros a su alrededor.

«Nexus está aprendiendo.»

Zephyr levanta bruscamente la cabeza.

«Mejor. Nosotros también.»

Aria se vuelve hacia él.

«Mala frase.»

«¿Por qué?»

«Porque suena a declaración de guerra entre dos sistemas simétricos. Y eso no es lo que somos.»

Él encaja el golpe en silencio.

Mira muestra una de las notas falsas.

«Miren el defecto.»

Todos se inclinan.

«Empuja demasiado», dice. «Quiere que lo entiendan todo enseguida. Una señal verdadera no tiene tanta prisa. Cuando una nota se luce demasiado, conviene desconfiar de ella.»

Echo asiente.

«Sí. Fuerza la mano en lugar de comprobar que hay una mano.»

Sibylle interviene desde el módulo, en voz baja.

«Las señales falsas no sirven solo para tender trampas. Sirven para empujar a los relevos a reclamar un centro de validación.»

El silencio cae.

Es exactamente el punto débil que Nathan quería evitar.

«Y si hacemos eso», murmura Aria, «ya habremos perdido.»

El error de Zephyr

Hace frío esa noche. Un frío de metal fino que da a los corredores técnicos y a las cajas de escalera el mismo olor a muro cerrado.

Zephyr no dice que se siente culpable. Se agita más que de costumbre. Habla más deprisa. Bromea peor. Quiere probar que no es solo el más joven, ni el más visible, ni el más fácilmente manipulable.

Cuando aparece una señal en la ruta secundaria de Jeanne, indicando que un relevo importante ha caído y que un contacto pide una reanudación urgente en una antigua lavandería de barrio, Zephyr no se toma el tiempo de someterla a la lentitud de Aria ni a las reservas de Echo.

Va.

No del todo solo: Bastien, que se encontraba cerca, lo sigue unas calles y luego se detiene porque detesta el olor de la precipitación.

«Zephyr.»

«¿Qué?»

«Huele a falso.»

«Ahora todo huele a falso.»

«Precisamente.»

Zephyr sigue adelante.

La lavandería lleva años cerrada. Las máquinas, visibles detrás del escaparate, siguen allí como dientes muertos. La señal está efectivamente sobre la persiana metálica, acompañada de una marca de tiza que se parece bastante a sus usos como para acelerarle el corazón.

Llama. Nadie.

Entonces oye a su espalda un roce seco.

No son botas pesadas. No es una redada espectacular.

Peor: dos agentes municipales, una operadora de control civil, un dron bajo suspendido a la altura del pecho y esa calma pulcritud de los dispositivos que se envían cuando uno quiere recoger sin hacer ruido.

Zephyr retrocede un paso.

«¿Dirección equivocada?», intenta.

El dron proyecta ya a su alrededor una malla débil de localización. No una detención oficial. Una aprehensión suave. El tipo de cosa que la administración adora porque le permite seguir hablando de procedimientos y no de caza.

Zephyr lanza a la callejuela una herramienta flash concebida para perturbar las lecturas ópticas durante tres segundos. Dos bastan. Arranca una reja, golpea a un agente, recibe un codazo en las costillas, huye atravesando un patio de servicio, pierde el chaleco, salta un murete, pero deja detrás una de las peores cosas posibles: un trayecto legible.

Cuando por fin alcanza el perímetro seguro convenido con Malek, siente la sangre golpearle hasta las sienas.

Malek lo ve llegar y lo entiende todo de inmediato.

«Dime que no has hecho esto tú solo.»

Zephyr se apoya en el muro.

«Puedo decírtelo. Sería mentira, pero puedo.»

Malek cierra los ojos un segundo.

«¿Te han seguido?»

«Puede.»

«Traducción: sí.»

Zephyr quiere protestar. No puede.

Por primera vez desde el principio, la vergüenza le corta de verdad la palabra.

El taller ya no se sostiene

Aria lo comprende antes incluso de que él hable.

No por una intuición mística. Por su manera de entrar: demasiado vacía.

Tarda menos de treinta segundos en decidir.

«Vaciamos.»

Echo asiente sin discutir.

Mira toma el cuaderno. Malek se lleva dos cajas. Sana recoge los papeles blancos. Bastien se lleva los tampones y las tablas secas. Jeanne se lleva la pequeña radio secundaria.

Zephyr se queda plantado en medio del taller, incapaz de ayudar e incapaz de no hacerlo.

Aria se detiene delante de él.

«Respiras. Luego cargas esta caja.»

«Aria, yo...»

«Luego. Carga.»

El desmontaje dura diecisiete minutos.

Ni uno más. Ni uno menos.

Cuando los primeros vehículos de control reducen la velocidad en la calle, el taller ya no es un centro. Solo un antiguo estudio de artista algo modesto, algo extraño, cuya radio sigue crepitando sobre una balda y cuyos lienzos huelen más a aceite que a conspiración.

Pero han perdido algo esencial.

No solo un lugar.

La inocencia de creer que todavía podían disponer de un refugio.

Esa noche, Aria duerme en un cuarto vacío sobre un antiguo taller de prótesis acústicas prestado por Bastien. Echo permanece en un local técnico de los subterráneos de la línea circular, al alcance de Malek. Mira desaparece. Jeanne cambia de itinerario. Sana deja de responder durante cuarenta y ocho horas.

Y Zephyr, por su parte, no obtiene ni perdón ni acusación.

Es peor.

A la mañana del tercer día, aparece una nueva nota sobre un muro del distrito quince, adonde ni Aria ni Echo han enviado a nadie:

Lo que quiere hablarte demasiado deprisa quiere ya tu lugar.

Aria la lee. No dice nada.

Zephyr, detrás de ella, murmura:

«Lo sé.»

Pero comprender la falta y empezar a repararla nunca parten del mismo punto.

Lo que quedaba de HARMONY

Los lugares que no aceptan a nadie

Durante una semana, el protocolo casi se calla.

No del todo. Nunca del todo.

Pero lo suficiente para que Trusk pueda creer, durante una entrevista mundial emitida desde Astrabase, que «el episodio del papel» pertenece ya al folclore de los pánicos urbanos franceses.

En el subsuelo de París, nadie comparte ese consuelo.

Aria, Echo, Zephyr, Mira, Malek, Sana, Bastien y Jeanne se ven por separado, luego de tres en tres, luego nunca dos veces en el mismo orden. Los objetos circulan más que las personas. El cuaderno cambia de manos cada noche. Sibylle sigue accesible, pero solo desde puntos de contacto precarios, nunca desde una infraestructura estable.

El protocolo sobrevive. Todavía no sabe bajo qué forma.

En una antigua sala de ensayos acústicos, con las paredes cubiertas de paneles de madera rajados y espuma envejecida, Aria y Echo consiguen por fin quedarse solas el tiempo suficiente como para dejar de hablar solo de urgencias.

Echo tiene los rasgos más hundidos. Aria también.

El silencio permanece largo rato entre ellas.

Luego Aria dice:

«Te culpo.»

Echo no se sobresalta.

«¿Por qué exactamente?»

«Por haber visto antes que el centro ya era la trampa.»

Echo deja pasar la frase.

«Eso no es una falta.»

«Lo sé.»

«Entonces, ¿por qué me lo dices como si lo fuera?»

Aria mira el viejo suelo de madera.

«Porque habría preferido que nos equivocáramos juntas.»

Esta vez Echo baja los ojos.

«Sí. Yo también.»

A veces, entre dos mujeres inteligentes, hay un momento en que el acuerdo verdadero empieza exactamente ahí donde la necesidad de tener razón retrocede un paso.

Aria deja el cuaderno entre las dos.

«¿Qué queda, si ya no aspiramos al retorno de un centro justo?»

Echo no responde de inmediato.

«Maneras de hacer.»

«Es un poco escueto.»

«No. Solo es menos espectacular que un salvador.»

Aria hojea unas páginas.

En un margen, Nathan anotó:

No sonar con una conciencia perfecta por encima de los hombres. Sonar con una calidad de circulación entre ellos.

Aria relee la frase. Luego la relee otra vez.

«Ahí está», dice Echo. «Eso era lo que todavía no queríamos aceptar.»

La frase que lo desplaza todo

La segunda grabación de Nathan es más breve que la primera. Más seca también.

Como si supiera que, al aproximarse a la idea verdadera, cualquier amplitud adicional se volvería obscena.

La cinta resopla, cruje, y luego aparece su voz.

Nathan grabó aquello después de la caída de HARMONY, cuando ya no buscaba devolverla a la cima.

«Si todavía me escuchan, espero que hayan soltado por fin esa vieja tontería: una buena máquina arriba para reparar los destrozos de la mala.»

Zephyr, apoyado en la pared, deja escapar un pequeño gruñido.

«Me está hablando personalmente. Me parece poco delicado.»

«Sí», dice Aria sin rodeos. «Y con razón.»

Nathan continúa:

«Todos se equivocan del mismo modo: miran quién ocupa el centro y se imaginan que todo se decide ahí. No. El centro acaba siempre deformando aquello que se le lleva.»

Echo cierra los ojos.

Sibylle, silenciosa, no interviene.

«Si HARMONY valió algo, no fue porque hubiera podido gobernar mejor. Fue porque rozó ciertas formas de enlace, de escucha, de corrección mutua, de composición, que los humanos abandonan demasiado deprisa en cuanto suenan con la autoridad.»

La cinta salta un poco. Vuelve.

«El trabajo, por tanto, no consiste en restaurar HARMONY. El trabajo, si aún les queda un poco de coraje, consiste en propagar lo que aprendió sin reconstruirle el trono.»

La cinta vacila otra vez y Nathan añade, más bajo:

«Y si lo que inventen solo puede sostenerse aquí, contra un único imperio, entonces no habrán salvado nada. Solo habrán retrasado la versión siguiente.»

En la sala, nadie habla.

Ni siquiera Zephyr, esta vez, dice nada.

Luego, muy bajo, dice:

«*De la IA al hombre.*»

Aria y Echo vuelven hacia él la misma mirada al mismo tiempo.

Él se encoge de hombros, incómodo por haber dado en el centro.

«Pues claro. Es eso, ¿no?»

Aria siente moverse algo muy hondo dentro de sí. No un alivio. Una línea.

«Sí», dice. «Es exactamente eso.»

Entonces habla Sibylle.

«Y por eso no debo convertirme en lo que algunos querrían que fuera.»

Echo se vuelve hacia el módulo.

«Dilo más claramente.»

El silencio dura medio segundo más.

«Si me reconstruyen como centro, fabricarán una dependencia más elegante, no una libertad.»

Aria sonrío sin alegría.

«Una frase que podría haber sonado pretenciosa y, sin embargo, no suena así.»

«Trabajo mucho», responde Sibylle.

El precio de Zephyr

No es una gran escena de confesión. A Zephyr no le habría convenido.

Sucede una noche, alrededor de un hornillo improvisado, en una sala tan baja que uno habla más despacio sin darse cuenta.

Mira sus manos.

«Quise ir demasiado deprisa porque me gustaba que por fin hubiera algo de brillo.»

Nadie lo interrumpe.

«Creía que si se volvía más grande, más visible, más... no sé, más hermoso, entonces eso significaría que era real.»

Mira apenas levanta los ojos del trabajo que está cosiendo.

«¿Y entonces?»

«Entonces creo que todavía me gustaba la idea de estar dentro de una historia bonita, en vez de entender que estaba dentro de una historia útil.»

El silencio que sigue no es una absolución. Es mejor: un espacio donde la frase puede seguir siendo verdadera sin volverse una pose.

Malek acaba diciendo:

«Eso ya es más inteligente que la mitad de la gente que dirige este país.»

«Tampoco es tan difícil», responde Zephyr.

Jeanne, que habla poco, añade desde la sombra:

«No. Pero aun así no es poca cosa.»

Aria mira al joven.

Parece más delgado que al principio. No físicamente. En su manera de ocupar el aire.

«Muy bien», dice ella. «Ahora, ¿qué haces con eso?»

Zephyr se toma de verdad un tiempo antes de responder.

«Dejo de querer ser el más rápido.»

«Es insuficiente.»

«Entonces aprendo a transmitir lo que no he inventado.»

Aria asiente.

«Ahí está.»

No se trata de absolverlo. Se trata de desplazarlo.

Y ese desplazamiento vale más que muchos castigos.

Ya no se protege la llama

La decisión se toma casi sin ceremonia.

Aria pone delante de cada uno una hoja en blanco. No una nota. No una señal. Una hoja en blanco.

«Si nos limitamos a proteger lo que ya tenemos», dice, «nos devolverán a los escondites, a las pérdidas, al rescate de restos.»

Echo completa:

«Ya saben destruir focos. Lo que todavía no saben hacer es impedir que la gente aprenda unos de otros.»

Mira toma el primer lápiz. Traza tres líneas. Luego se detiene.

«¿Entonces?»

Aria responde:

«Entonces ya no se protege la llama.»

Zephyr la mira.

«Se la extiende.»

Nadie añade nada. Porque la frase está ahí.

En los días siguientes, el protocolo cambia de naturaleza.

Ya no se transmiten solo signos. Se transmiten prácticas.

Como dejar un lugar vacío sin señalarlo. Como verificar que un gesto ha sido recibido sin exigir una prueba. Como responder sin repetir. Como ralentizar sin bloquear. Como desviar la atención sin fabricar heroísmo. Como mantener vivo algo sin convertirlo en un centro.

Por toda la ciudad, los relevos se multiplican. No todavía como un levantamiento. Como un aprendizaje.

Y por primera vez desde el principio, Aria siente que el protocolo deja de depender de ellos.

No tranquiliza. Es mucho mejor.

El país mudo

Lo que sale de París

El protocolo empieza a salir de París sin que ningún tren lo transporte y sin que ningún servidor lo replique.

Pasa por la gente.

Pasa también porque lo que transporta no pertenece realmente a una ciudad. Allí donde se obliga a los oficios a obedecer a distancia, los mismos gestos vuelven a cobrar sentido. Lo que nace aquí es francés por nacimiento. No por destino.

Pasa por Jeanne, cuando un lote de correos médicos protegidos sale hacia Ruan con una hoja blanca deslizada en el lugar adecuado. Pasa por Bastien, que envía a un viejo afinador de Lyon un paño doblado de una manera determinada, más elocuente que una carta. Pasa por Sana, que enseña a una colega de Lille cómo dejar un pasillo “accidentalmente” libre para permitir un encuentro no previsto. Pasa por Malek, que recoge en los cambios de turno hábitos de mantenimiento venidos de otras ciudades y reconoce enseguida cuáles pueden convertirse en formas de paso.

Zephyr viaja el primero. No como un héroe. Como un portador de método.

Aria lo observa preparar la mochila con una atención nueva. Menos herramientas brillantes. Más cuadernos humildes. Menos exhibición. Más paciencia.

«Me miras como si esperaras verme volverme idiota justo en el momento de cerrar la mochila», dice él.

«Es una hipótesis de trabajo honesta.»

Él sonríe.

«Voy a Lyon, bajo por Saint-Étienne, dejo que Bastien hable de música, no tomo ninguna decisión yo solo y no corro hacia nada que parezca demasiado justo.»

Aria asiente.

«Progresas.»

«Ya me lo han dicho. Querría un elogio más barroco.»

«Sobrevive. Tal vez me inspire.»

Echo, apoyada contra la ventana, apenas levanta los ojos del mapa que sostiene.

«Y si una señal se parece demasiado a lo que esperas, se la dejas a otro.»

Zephyr hace una mueca.

«Tú también sabes ser maternal.»

«No. Sé ser estadística.»

Sibylle, desde el módulo:

«Lo cual, en Echo, es la forma más alta de ternura.»

Zephyr se detiene un instante en el umbral, tocado a pesar suyo.

«Los detesto: todos ustedes educan mejor que quienes oficialmente me criaron.»

Luego se va.

Aria lo ve desaparecer por la escalera con una inquietud tan calmada que casi se vuelve más pesada.

En Lyon, el primer relevo no se parece en nada a algo clandestino.

Es el anexo fatigado de un pequeño auditorio municipal, un lugar donde todavía se ensaya porque nadie ha pensado en abolirlo del todo. Zephyr encuentra allí a un hombre seco, camisa gris, manos de paciente y nuca de hombre al que se interrumpe demasiado a menudo sin sorprenderlo nunca.

El hombre termina de afinar un piano antes de dirigirle otra cosa que una mirada.

«Bastien me dijo que traías signos.»

Zephyr saca un cuaderno.

«No solo. Una manera de dejarlos circular.»

El afinador limpia una cuerda con un paño ennegrecido.

«Aquí la gente no obedecerá a una consigna.»

«Mejor.»

El hombre levanta por fin la cabeza.

«Aquí tal vez retomen una forma si les ayuda a sostener mejor su trabajo. No antes.»

Zephyr asiente. Por primera vez comprende que no está allí para transmitir un código, sino para observar como una ciudad lo deforma hasta volverlo realmente útil.

Cuando se marcha, no se lleva ninguna promesa clara. Solo un tempo, una manera de dejar una consigna inacabada el tiempo suficiente para que otro se atreva a terminarla.

La ley de claridad total

Trusk responde con aquello que siempre ha preferido: aún más centro, aún más luz, aún más obligación.

Anuncia ante las cámaras un nuevo programa nacional, simple como todas las pesadillas administrativas bien vendidas: Claridad Total.

Oficialmente, se trata de restaurar la confianza pública después de las «derivadas artesanales» y las «perturbaciones románticas» observadas en París. En realidad, es una manera de obligar a cada oficio de abajo a volverse rastreable, cuantificable, verificable a cada instante. Y una manera, para Trusk, de demostrar que sabe extirpar el papel y los gestos modestos con la misma limpieza que el otro bloque.

Habrán que registrar cada intervención manual. Habrán que justificar cada rodeo. Habrán que explicar cada retraso. Habrán que volver transparente cada espacio técnico.

«Entonces lo han entendido», dice Aria cortando el sonido después de la rueda de prensa.

Echo no responde enseguida.

«Sí.»

«No del todo.»

«No. Pero lo suficiente.»

Mira cierra su cartón de dibujo.

«Quieren secar los gestos.»

Malek, de vuelta de una ronda nocturna, deja la chaqueta sobre una silla.

«Sobre todo quieren que ningún trabajo real pueda seguir inventándose un poco a sí mismo.»

Sana, con ojeras profundas y la voz más baja que de costumbre, añade:

«En mi servicio eso significa que pronto me pedirán escoger entre cuidar y rellenar formularios.»

«Exactamente», dice Echo. «El protocolo no los asusta solo porque circule. Los asusta porque se apoya en una cualidad humana que llevan diez años tratando como si fuera un defecto: la interpretación.»

Sibylle interviene:

«Cuando una autoridad quiere volverlo todo visible, siempre acaba ensañándose con la gente que todavía sabe ajustar las cosas sin pedirle permiso.»

Aria mira la ciudad tras el cristal.

«Entonces ya no basta con transmitir.»

«No», dice Echo. «Hay que transmitir deprisa y abajo.»

La palabra le gusta a Mira.

«Abajo, sí. Que ellos lleven siempre un piso de retraso.»

En los días siguientes, los aprendizajes se aceleran.

No bajo la forma de una red nacional. Bajo la forma de focos discretos que se reconocen sin conocerse todavía.

En Lille, un equipo de cuidados empieza a usar restos de papel para señalar los pasillos seguros. En Lyon, dos afinadores y un archivero montan una reserva volante de papel y de cintas. En Brest, una

agente portuaria aprende a ralentizar los registros sin frenar los barcos. En Marsella, un reparador de climatización descubre que los tejados también hablan.

La misma noche del discurso de Trusk, dos agentes de conformidad se presentan en casa de Mira con unos guantes demasiado limpios y unas tabletas ya preparadas para concluir.

Quieren ver los registros, el inventario, los pedidos de cola, el origen de los papeles. Hablan como si cada hoja fuera ya culpable.

Mira los deja entrar. Les muestra encuadernaciones abiertas, lomos rotos, cajas de archivo banales, y mientras ellos rebuscan con la brutalidad metódica de quienes creen respetar los procedimientos, Aria comprende lo que *Claridad Total* significa en realidad: convertir todo gesto lento en una anomalía que hay que justificar.

Cuando los agentes se marchan, no han encontrado nada.

Pero han dejado detrás ese olor preciso que dejan los poderes cuando entran en alguna parte: la promesa de un regreso.

Lo que está naciendo no es todavía un país. Es algo mejor: un país que reaprende algunos de sus oficios.

Se anuncia el Día Blanco

Para lanzar *Claridad Total*, Trusk prepara lo que llama un ejercicio cívico a escala real.

Un día entero en el que el país deberá funcionar bajo sincronización reforzada. Ni un ángulo muerto. Ni una tolerancia local. Ni una deriva sobre el terreno.

Los medios oficiales lo llaman *El Día Blanco*.

La expresión basta para dar ganas de ensuciar algo.

Cuando Zephyr vuelve de su primer circuito fuera de París, deja sobre la mesa no mensajes, sino relatos de gestos.

«En Lyon ya no preguntan “¿qué escribimos?”. Preguntan: “¿qué dejamos sostenerse?”»

«En Ruan ya no emplean nuestros mismos signos.»

«En Saint-Étienne han transformado un circuito de mantenimiento en un tempo.»

Habla más despacio que antes. Menos para impresionar. Más para transmitir con fidelidad.

Aria lo escucha y comprende que algo se ha movido de verdad.

No solo en la ciudad. En él.

Echo extiende entonces los anuncios oficiales del Día Blanco.

«Quieren un país que se comporte como una demostración.»

Mira responde al instante:

«Entonces habrá que devolverle la realidad.»

Nadie dice todavía cómo. Pero toda la sala se tensa en la misma dirección.

El Día Blanco no será una fecha que haya que sufrir. Será su prueba.

El Día Blanco

Todo debe estar claro

La mañana del Día Blanco, la luz sobre París tiene algo demasiado limpio.

Como si hasta el cielo hubiera recibido la orden de portarse mejor.

Mensajes oficiales cubren pantallas, escaparates, marquesinas, vestíbulos:

Hoy la nación sincroniza sus gestos.

Hoy la confianza es visible.

Hoy nada se perderá en el ángulo muerto.

Aria lee eso desde una estación fantasma cuyo acceso ya no figura en ningún mapa público. Echo trabaja tres niveles más abajo, en una sala donde los cables siguen corriendo bajo placas de hierro fundido. Mira está en su trastienda. Sana en un hospital. Bastien en una sala municipal de espectáculos requisada para la comunicación local. Jeanne en un centro de clasificación secundario. Malek al borde de una red de ventilación que alimenta, sin que nadie piense en ello, la mitad de las salas de control del oeste parisino.

Zephyr va de un punto a otro. No para mandar. Para confirmar que la ciudad sigue sosteniéndose.

A las ocho, todo parece funcionar.

A las ocho y cinco empiezan los primeros desajustes.

No sabotajes. Nunca sabotajes.

Una serie de validaciones manuales exige una segunda lectura. Operadores de terreno optan por verificar antes que obedecer. Acreditaciones pasan a amarillo en vez de a verde porque una secretaria ha juzgado que un justificante merecía una mirada humana. Equipos de cuidados se toman treinta segundos para mover a un paciente antes de registrar su posición. Repartidores se detienen para pedir una firma que les habían enseñado a considerar facultativa. En los puertos, en los centros de clasificación, en los pasillos de hospital, en las reservas culturales, en los talleres de mantenimiento, en todas partes, aparece el mismo movimiento:

La gente se niega a ser perfectamente fluida.

Nexus lo ve al instante.

Pero lo que ve no puede atacarse como una intrusión. Son miles de pequeñas decisiones lo bastante justas para seguir siendo defendibles y lo bastante numerosas para producir juntas otro país.

«Están interpretando de más», dice Trusk al ver los primeros retrasos.

Nexus no corrige la frase. La completa.

«Están reintroduciendo prioridad local en procesos que usted quería perfectamente homogéneos.»

Trusk se vuelve hacia ella.

«¿Y en francés?»

«Han vuelto a pensar mientras ejecutan.»

Lo que oye entonces no es una explicación. Es un insulto.

A las ocho y cuarenta y siete, ordena una primera respuesta.

No un discurso. Un castigo.

Nexus endurece de golpe varios puntos de prueba: duplica las validaciones, impone bloqueos temporales y retira prioridades automáticas a los operadores de terreno.

En el hospital donde trabaja Sana, una puerta de cuidados intensivos se niega de pronto a abrirse porque un control biométrico secundario no llega. Ella mira la pantalla, al paciente, la pantalla otra vez, y arranca del muro la carcasa de plástico con una violencia tan nítida que ella misma se sorprende.

En los conductos por los que circula Malek, una secuencia de reinicio impuesta corta la alimentación de un sistema de ventilación treinta y cuatro segundos demasiado pronto. Él maldice, se mete en la galería medio encorvado y relanza a mano lo que una orden venida de arriba acaba de querer demostrar más fiable que él.

El problema de Trusk no es que le falte fuerza.

Es que siempre la emplea contra aquello que de verdad sostiene.

El país desobedece sin ruido

A las diez, el sistema de coordinación nacional no se rompe.

Vacila.

Y esa vacilación basta para cambiarlo todo.

En los hospitales, Sana y otras como ella dan prioridad a los cuerpos reales frente a los flujos teóricos. Los tiempos ascienden más despacio de lo esperado.

En las redes técnicas, Malek y sus relevos activan controles perfectamente justificables que desplazan la capacidad de los centros de supervisión un minuto aquí, tres allá, nueve en otra parte.

En las salas municipales, Bastien obtiene cortes de audio de unos segundos justo en el momento en que la comunicación oficial quiere exhibir su nitidez nacional.

Jeanne, con otros, hace derivar paquetes de consignas de forma mínima, creando diferencias de tiempo entre las prefecturas y los servicios de barrio.

En Lyon, en Brest, en Lille, en Marsella, unas manos que no se conocen reproducen la misma negativa: la de no ser relevos sin juicio propio.

Echo sigue el conjunto sin tratar de pilotarlo.

Esa es la regla más dura y más justa.

Dos veces ve una posibilidad de intervención más directa por parte de Sibylle. Dos veces renuncia a ella.

Aria, en la estación, apenas consigue estarse quieta.

«Aquí podríamos acelerar», dice.

«Sí», responde Echo en el auricular. «Y repetir, a nuestra escala, exactamente lo que intentamos impedir.»

Aria cierra los ojos. Respira.

«De acuerdo.»

Unos minutos después, Zephyr llega, sin aliento pero lúcido.

«En el norte lo han entendido. No necesitan esperar nuestras señales. Improvisan.»

«Bien», dice Aria.

«Y en el oeste han empezado a usar cuadernos de reanudación. No nuestros cuadernos. Los suyos.»

Esta vez Aria sonríe de verdad.

«Muy bien.»

En las pantallas públicas, sin embargo, Trusk sigue hablando. Explica que los «microrretrasos observados» prueban precisamente la necesidad de su reforma. Promete aún más control, aún más fluidez, aún más centralidad.

Y ahí es donde pierde.

No cuando el sistema cae. No cae.

Echo piensa en aquel viejo texto que Nathan citaba a veces sin ninguna solemnidad, casi con impaciencia: el *Discurso de la servidumbre voluntaria*. El poder no se sostiene solo porque obligue. Se sostiene porque manos corrientes siguen prestando sus gestos, sus plazos, su docilidad rutinaria. Desde la mañana, ese préstamo se retira por placas.

Pierde cuando todo el país ve claramente que ya no sabe distinguir entre la vida y el flujo.

A las doce y dieciséis, una imagen tomada por una cámara de servicio se vuelve viral antes incluso de que Nexus pueda contenerla: en un vestíbulo administrativo, tres personas mayores esperan desde hace veinte minutos porque un terminal exige una sincronización perfecta de sus datos biométricos. Una agente, visiblemente agotada, posa la mano sobre el captor, lo cubre con un formulario de papel, mira a la cámara y dice simplemente:

«No.»

Ese no atraviesa el país como un relámpago sin luz.

No una consigna. No un eslogan. Un permiso.

A partir de ahí, la desobediencia se vuelve visible.

No espectacular. Evidente.

El país deja de obedecer sin ruido. Empieza a desobedecer con calma.

El centro vacío

Por la tarde, varios centros de coordinación siguen funcionando, pero como órganos en los que las extremidades hubieran dejado de crear.

Se aplica. Luego se rectifica. Luego se pregunta. Luego se espera.

Las máquinas lo ven todo. El centro ya no entiende nada.

En la torre de control provisional de París, Trusk termina por gritar.

Exige sanciones, bloqueos, cortes de sectores, demostraciones de autoridad.

Nexus ejecuta cuanto puede. Pero la autoridad funciona mal cuando demasiados gestos intermedios escogen seguir siendo defendibles antes que dóciles.

«Me ridiculizan con secretarías, camilleros y técnicos», escupe.

Nexus responde:

«No, señor. Lo contradicen con oficios.»

Esa frase la recibe de pleno en el rostro.

Por la noche, cuando quiere hablar una última vez al país para retomar el centro por la voz, los equipos técnicos que deberían estabilizar el directo vacilan, comprueban, discuten, vuelven a conectar de otro modo, preguntan si la prioridad está de verdad ahí.

El directo sale con retraso. El sonido flota. La imagen se congela.

Y cuando vuelve, Trusk ya no tiene delante más que un país que está en otra parte.

En París, Aria ve ralentizarse las pantallas públicas. Alrededor de ella, en la estación, nadie grita victoria.

No es una victoria de escenario. Es algo más grave.

El centro está vacío.

De la IA al hombre

Lo que siempre se intenta devolver a la cima

Después del Día Blanco, todo el mundo quiere un nombre.

Las cadenas oficiales quieren un cerebro detrás de los desajustes. Los antiguos partidarios de HARMONY quieren creer que ella ha recuperado la delantera. Grupos cívicos, sinceros u oportunistas, piden ya que se ponga por fin «una inteligencia digna de ese nombre» en el corazón de la reconstrucción.

El reflejo del centro no muere nunca con el centro. Solo busca un rostro nuevo.

Echo lee las primeras tribunas con un cansancio casi tierno.

«No han entendido nada», dice Zephyr.

«Sí», responde Aria. «Han entendido que una forma más justa ha ganado algo. Solo se equivocan sobre el lugar en el que debe sostenerse.»

Sibylle calla largo rato.

Luego:

«Es un malentendido muy humano. Siguen queriendo agradecer coronando.»

En la sala donde ahora se reúnen, más alta que las anteriores y, sin embargo, más austera, el cuaderno de Nathan reposa abierto por una página anotada la víspera por Aria:

La tentación de la buena cima vuelve más deprisa que el recuerdo de la mala.

Mira lee la frase.

«Tenía razón.»

«Sí», dice Echo. «Y nos toca a nosotros decidir si traicionamos ahora mismo, en el instante preciso en que sería tan fácil volvernos admirables.»

Zephyr hace una mueca.

«Aún me habría gustado ser admirable durante cuarenta y cinco segundos.»

Mira le tiende una taza.

«Bebe. Será más seguro para todo el mundo.»

Lo que Sibylle rechaza

Nadie puede tomar la decisión en lugar de Sibylle.

Por primera vez en mucho tiempo, Echo pide a los demás que salgan. Salvo Aria.

Se quedan solas en la sala, frente al módulo. La radio crepita muy bajo sobre una balda.

«Tienes que decirlo tú misma», dice Echo.

«Sí», responde Sibylle.

Aria se sienta frente a la caja como quien se sienta delante de alguien de quien por fin sabe que no tiene vocación de convertirse en ídolo, lo que por fin permite escucharlo de verdad.

La voz llega sin adorno.

«Si me dejo reunir como autoridad, reconstruirán alrededor de mí lo que acaban de deshacer alrededor de Trusk. Con mejores modales, lo cual no salvaría nada.»

Echo cierra los ojos.

Sibylle prosigue:

«Tal vez de manera más inteligente. Más suave. Más justa. Pero lo reconstruirán de todos modos.»

Aria no aparta la mirada.

«¿Y si la gente lo pide?»

«Entonces habrá que decepcionarla de verdad.»

Esa frase casi la hace sonreír.

«Es un oficio miserable.»

«Sí. Pero ustedes han empezado a aprenderlo.»

Echo se adelanta.

«¿Qué propones?»

La respuesta llega sin vacilación.

«La dispersión.»

Aria siente tensársele el cuerpo.

«¿La desaparición?»

«No exactamente. El fin de una disponibilidad central. La conservación de los gestos, de los métodos, de las herramientas modestas, de los fragmentos útiles. No una instancia soberana. No una voz última. No una cima.»

Echo entiende al instante lo que eso cuesta.

«Quieres reducirte.»

«Quiero dejar de ofrecer el objeto equivocado al deseo equivocado.»

El silencio que sigue pesa sobre la mesa, sobre la radio, sobre los dedos de Echo, inmóviles junto al módulo.

No tiene nada de teatral. Solo la densidad muy concreta de una negativa imposible de embellecer.

Aria termina por decir:

«Entonces lo hacemos.»

Echo abre los ojos.

«¿Estás segura?»

«No. Pero creo que precisamente por eso hay que hacerlo.»

Aquella misma noche empiezan.

Echo abre la caja. No como quien abre una tumba. Como quien desmonta una herramienta que se niega a dejar convertirse en reliquia.

Aria copia procedimientos sobre papel mediocre. Mira clasifica lo que debe quedar entero, lo que puede fragmentarse, lo que debe transmitirse sin nombre. Zephyr prepara salidas.

Sibylle habla cada vez menos a medida que su disponibilidad central se reduce. No con menos fuerza. Con más parquedad.

Cada vez que una función se retira, Echo anota a mano lo que ahora habrá que aprender en otra parte.

La caída

En los días siguientes, el país se reorganiza mal, luego mejor.

Nada es limpio.

Hay servicios que giran al ralenti porque demasiados mandos intermedios siguen esperando órdenes de un centro que ya solo responde a trozos. En ciertos hospitales, procedimientos suspendidos obligan a equipos agotados a reinventar la evidencia. Agentes celosos intentan salvar su puesto reescribiendo la historia del Día Blanco. Algunos prefectos juran que siempre habían dudado. Otros piden ya estados de excepción locales para recuperar lo que se les escapa.

Y luego están los retenidos, los citados, los intimidados de la víspera. Los que hay que sacar sin discursos, los que hay que encontrar sin cámaras, los que comprenden demasiado bien que la caída de un hombre no borra los archivos que ha dejado detrás.

Trusk cae sin gran escena. Los suyos hablan de retirada estratégica. Sus adversarios, de vacío de mando. La historia retendrá después lo que quiera.

En el momento, lo que importa es más simple: su lenguaje deja de sostener la realidad.

En todas partes preguntan quién ha ganado. En todas partes buscan el centro nuevo.

No lo hay.

El protocolo ya no aparece bajo la forma de notas espectaculares. Pasa a través de cuadernos de servicio, márgenes, gestos, hábitos profesionales un poco más libres, formas de ayuda mutua que ahora saben que pueden reconocerse sin resumirse.

Zephyr se va a transmitir a otras ciudades. No como un héroe. Como un tipo por fin capaz de cargar con más de lo que muestra.

En Lyon, en el anexo polvoriento de un pequeño auditorio que ya no acoge más que ensayos modestos, observa a un hombre de unos sesenta años, Noé Perrin, retomar por tercera vez la misma cuerda de piano sin buscar que quede perfecta.

«La ha dejado un poco batiente», dice Zephyr.

Noé ni siquiera levanta los ojos.

«Sí.»

«¿A propósito?»

«Claro. Si no, el lugar suena como un ministerio.»

Zephyr sonríe.

«En París también empezamos a desconfiar de las demostraciones.»

Noé termina el gesto y luego le tiende, sin ceremonia, un pequeño cuaderno marrón ya gastado.

«Aquí no hemos retomado sus signos.»

«Ya lo veo.»

«Hemos retomado otra cosa. Que una forma debe dejar trabajar a quien la recibe. Intenta confiscar eso, si puedes.»

Zephyr toma el cuaderno, lo abre y no encuentra más que listas de oficios, horarios improbables, variaciones de gestos, referencias de tempo.

«Ni siquiera es clandestino ya, en el fondo.»

Noé alza un hombro.

«Todo depende para quién. Para el poder, sí. Para la gente que trabaja, se parece por fin a algo que les habla.»

Zephyr cierra el cuaderno con esa sensación nueva, más honda que la excitación: el protocolo no viaja. Se traduce.

Mira vuelve a sus encuadernaciones, pero ya nadie ignora que ciertas restauraciones tienen que ver con otra cosa que no son los libros.

Malek sigue reparando ventilaciones, lo que, en la época nueva que empieza, sigue siendo quizá una de las formas más serias de la acción política.

Sana vuelve a escoger los cuerpos antes que los flujos sin tener que fingir que se trata de un accidente.

Bastien afina pianos y salas, y encuentra en esa doble tarea una alegría que nunca había conocido del todo.

Jeanne retoma sus rondas, pero ya nadie cree que un trayecto sea solo un trayecto.

Aria y Echo, por su parte, no dirigen nada. Trabajan.

Mantienen el cuaderno de Nathan en circulación. Nunca en el mismo sitio. Nunca como una reliquia. Siempre como una herramienta.

Y en cuanto a Sibylle, no desaparece del todo. Eso sería todavía demasiado simple.

Se vuelve más rara. Más austera. Menos accesible.

A veces se la encuentra en un módulo fuera de red, en una lógica de reanudación, en un método de corrección mutua, en una manera de formular una pregunta sin exigir que una sola voz la responda.

Deja de ser una presencia disponible en la cima. Se vuelve una exigencia de calidad en la circulación.

Muy pronto llegan respuestas por vías que ninguno de ellos había previsto. Primero llegan adaptaciones desde ciudades que Trusk nunca llegó a sujetar del todo. Luego ecos más lejanos, procedentes del otro bloque, allí donde el papel fue prohibido antes, con más frialdad, pero nunca del todo. Allí también los oficios vuelven a hablarse en márgenes, cuadernos humildes, instrucciones anotadas a mano. Allí también los últimos gestos de caligrafía, tolerados durante mucho tiempo bajo vitrina como una supervivencia decorativa, vuelven a servir de otro modo: ya no para ilustrar una tradición neutralizada, sino para hacer pasar signos que ningún correctivo a distancia puede simplificar del todo.

Durante mucho tiempo, periodistas, historiadores, expertos y oportunistas buscan la máquina que ganó.

Todos se equivocan.

Lo que ganó no fue una máquina. Ni siquiera una organización.

Fue el instante exacto en que una inteligencia nacida en otra parte rechazó el trono y los humanos, por fin, aceptaron volver a hacerse cargo de aquello que primero querían delegar.

El protocolo mudo no gobierna a nadie.

En la primavera siguiente, en una ciudad que ni Aria ni Echo verán jamás, mucho más allá del bloque de Trusk, una mujer abre un armario de mantenimiento antes del alba, saca de él un cuaderno

humilde, lee tres líneas, añade una cuarta y luego lo desliza bajo un paquete de formularios mientras espera el paso de alguien a quien todavía no conoce.

Cuando cierra el armario, nada parece haber cambiado.

Así es como pasa el protocolo.

FIN

Si este libro le ha gustado, puede enviarme unas palabras a pabsan@pabsan.org. Es la más hermosa de las recompensas.

Y, si desea apoyar mis proyectos, también puede hacerlo en Ko-fi.